



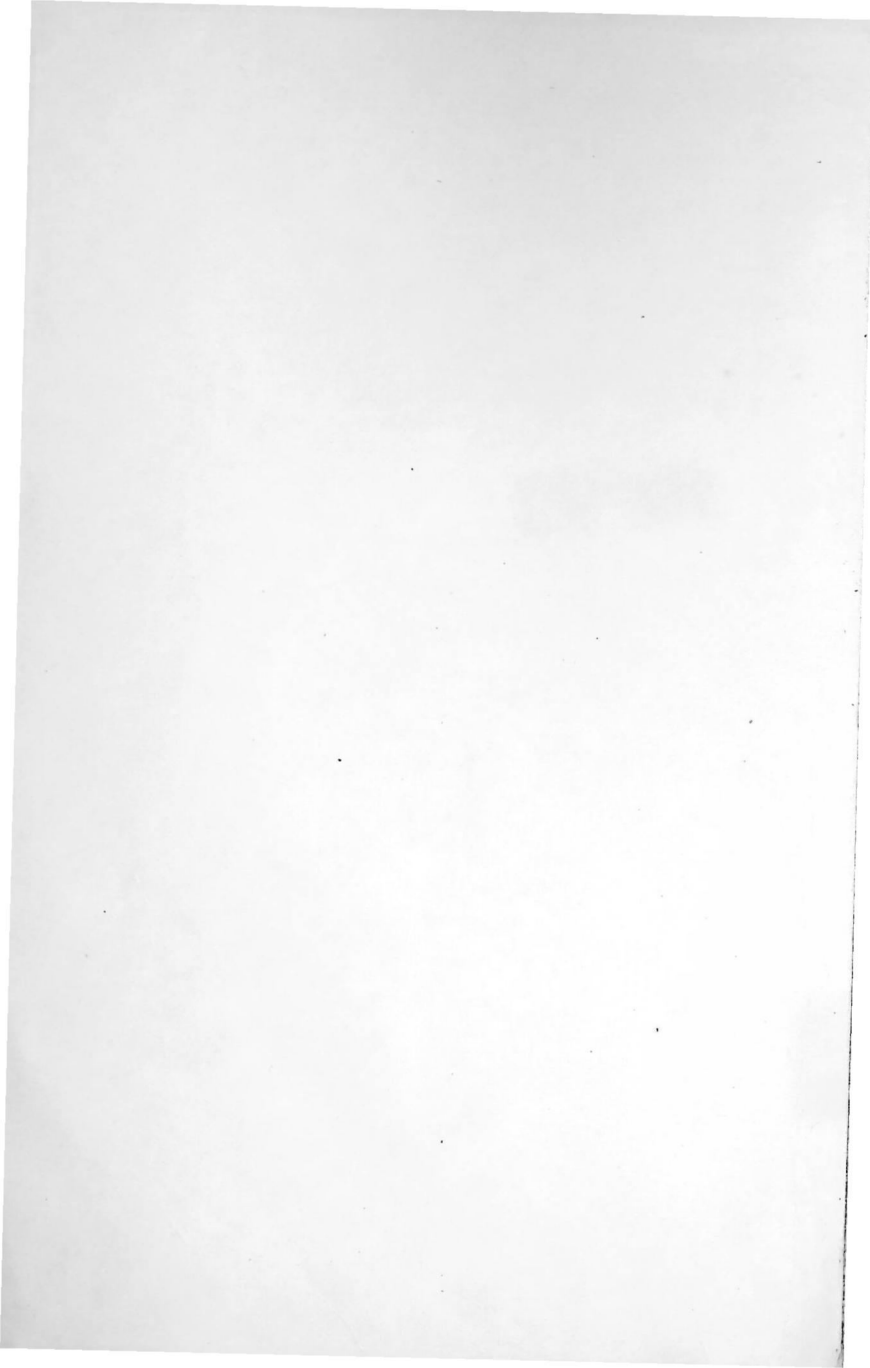


Lewis, Juan T.



11637

~~N 2927~~ -





FLORENCE NIGHTINGALE

BIBLIOTECA ESCUELA DE ENFERMERIA

"CARLOS VAN BUREN"

ESTE LIBRO PERTENECE A LA MATERIA

Biografías de Jueces

REGISTRADO EN EL INVENTARIO BAJO LA

LETRA *B.* Y N. *58.*



WYLS
L-674
1936
C. 1

JUAN T. LEWIS

FLORENCE


NIGHTINGALE



701



CONSEJO DE MUJERES
ROSARIO
1936

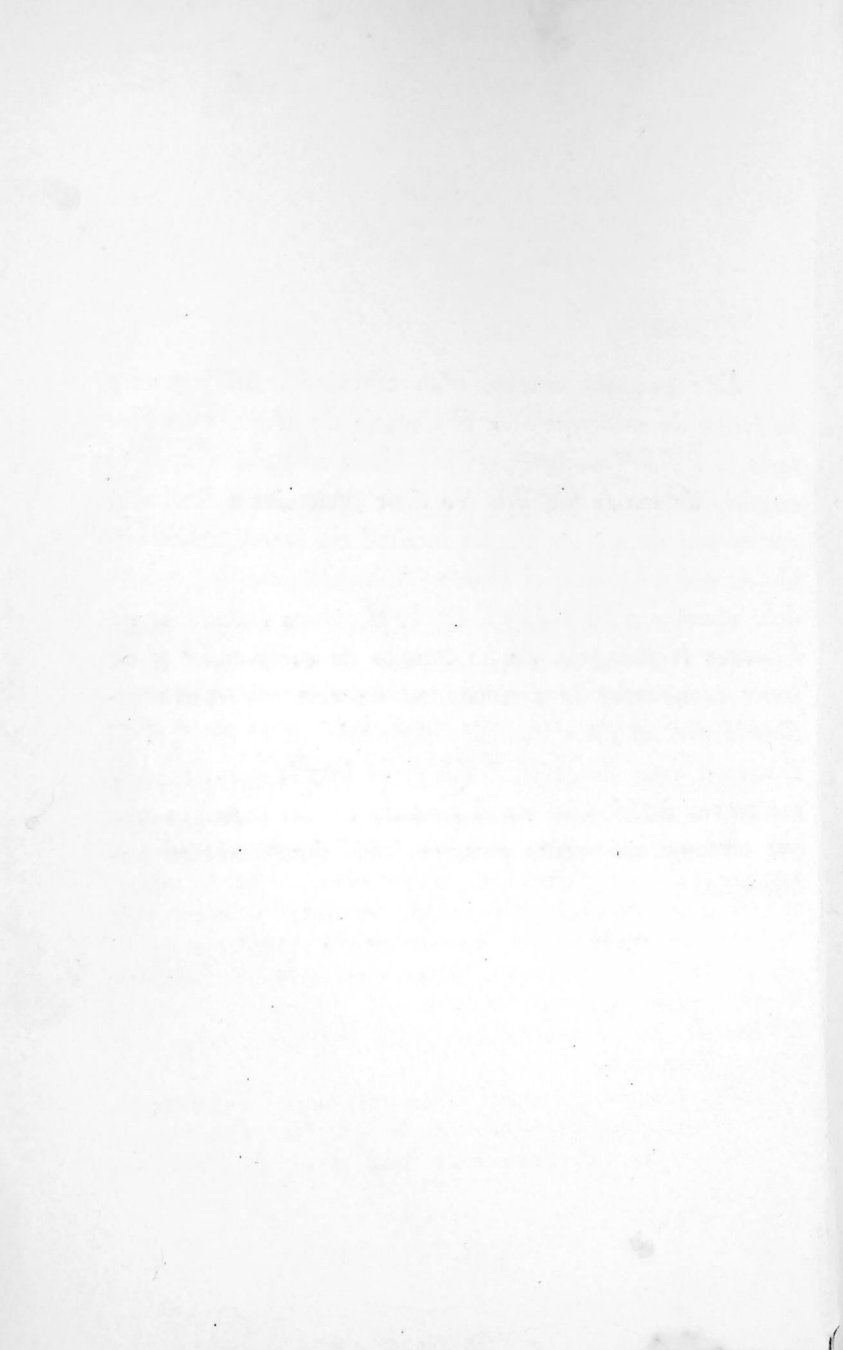
fm. 11637



R. 282

R99. 45905.

Este pequeño ensayo, algo abreviado, fué expuesto en forma de conferencia en el Consejo de Mujeres de Rosario el 9 de Octubre de 1936; ahora se publica bajo el auspicio de esa Institución. No tiene pretensiones literarias, menos aún de ser un estudio original de investigación histórica; quien conozca el asunto fácilmente percibirá cuanto debe el autor a Sir Edward Cook, el clásico historiador de Florence Nightingale. Se ha tratado de comprender y de hacer comprender la personalidad de esta mujer extraordinaria con un fin claramente expresado en el epílogo. Si gracias a estas líneas se despierta el interés por remediar las graves deficiencias en el cuidado de los enfermos que son comunes en nuestro país, se habrá justificado su publicación.



FLORENCE NIGHTINGALE

Sus padres le dieron por nombre Florencia porque nació en la ciudad a orillas del Arno donde cantan los ruiseñores. Su nombre de familia — traducido es ruiseñor — parecía presagio no tanto del lugar donde sus ojos se abrían a la luz del día, cuanto de lo que sería su vida: un canto sostenido y persistente en favor de la humanidad que sufre. Porque el canto de los ruiseñores es de extraordinaria persistencia; cuando en medio del silencio nocturno se escuchan por vez primera sus dulces notas, es tal el encanto que parecería imposible fatigar de oirlas y hasta nace el deseo de que nunca termine esa música embelezadora. Y no termina; hora tras hora, noche tras noche, los límpidos sonidos llegan sin cesar al oído que del encanto pasa al hastío, del hastío a la desesperación, mientras continúa la música implacable.

El gran poeta irlandés Yeates dice que “ las mujeres, porque los hechos principales de su vida han sido darse a sí mismas y dar nacimiento a sus hijos, dan todo a una idea

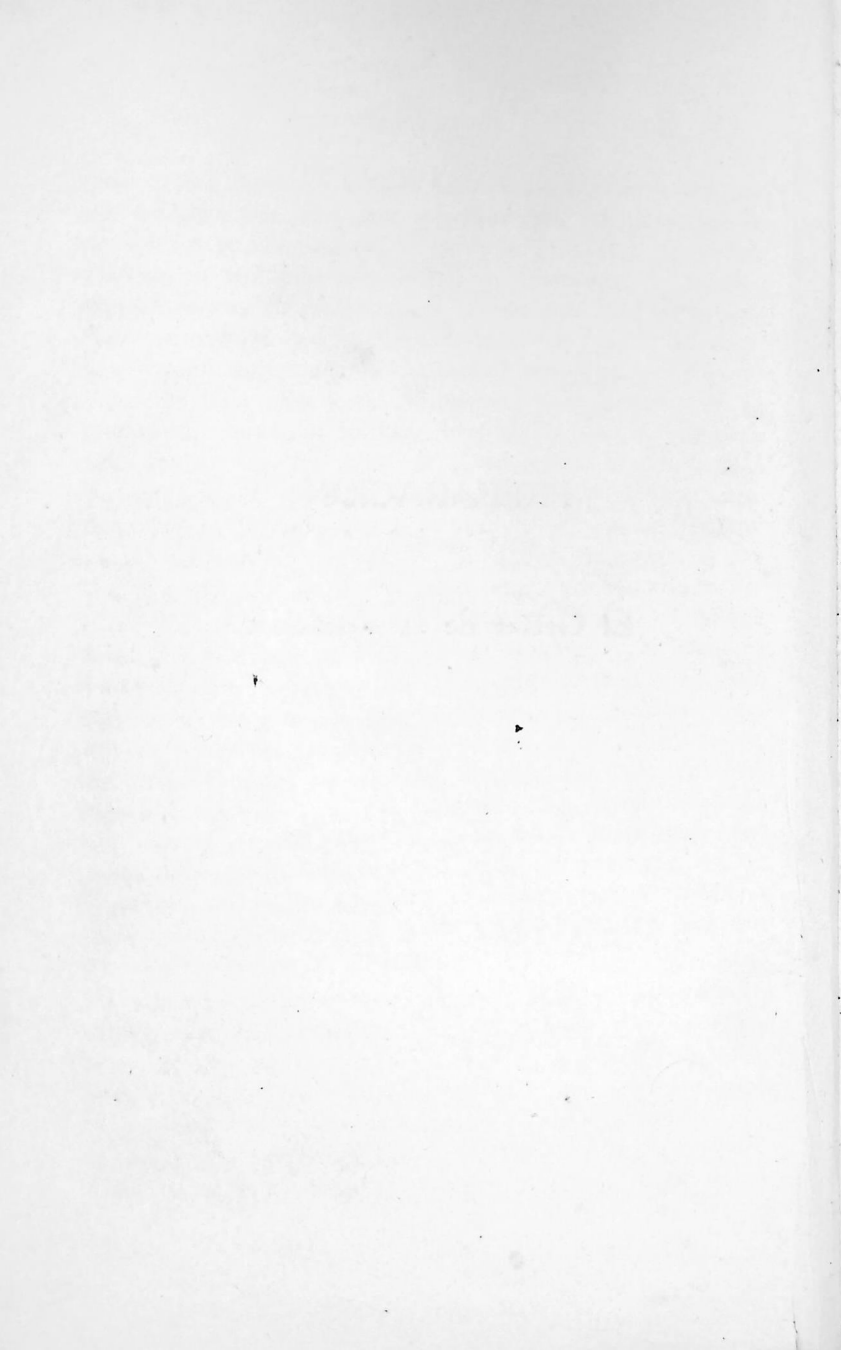
como si ésta fuera un terrible muñeco de piedra. Los hombres adoptan una idea con más ligereza, con facilidad le son infieles y aún cuando le guardan fidelidad, conservan el hábito de múltiples intereses. Todavía miramos al mundo, si somos fuertes de espíritu y de cuerpo, con ojos benévolos. Para las mujeres la idea toma el lugar del hijo o del amado y cuanto mayor sea su capacidad emotiva, mayor es su olvido de toda otra cosa. Se vuelven crueles como en la defensa del amado o del hijo. Por fin la idea se identifica tanto con su ser que parte de él se vuelve piedra y deja de vivir". Estas palabras escritas hace poco parecen inspiradas por la personalidad y la vida de Florencia Nightingale. Su leyenda, leyenda originada bien temprano y que aún hoy persiste, la retrata como una niña piadosa y delicada que dejó a un lado las comodidades y el halago de un hogar rico y distinguido, que renunció a las satisfacciones del amor pasional, para consagrar su vida a un rudo trabajo en servicio de sus semejantes. La realidad exterior, la apariencia de los hechos es esa; la realidad interior, la verdadera realidad es bien distinta. Su vida fué una voluntad tendida y nunca relajada, una lucha constante y astuta, en la que empleaba todos los recursos para conseguir el fin propuesto: el alivio de los hombres que sufren. Se entregó por entero a su idea y tal fué el dominio que ésta ejerció sobre ella que con razón Lytton Strachey dice que estaba poseída por un demonio.

1947

PREPARACION



El Gestar de la Vocación.



William Shore adoptó el nombre de Nightingale al llegar, en 1815, a la mayoría de edad y recibir en herencia la cuantiosa fortuna que le dejara su tío materno Peter Nightingale: un dominio ancestral con la antigua residencia de Lea Hall en Derbyshire, embellecida por él, y fuertes intereses en industrias de plomo y mármoles. La familia Shore, "squires" y banqueros de Yorkshire, gozaba tanto como los Nightingale de la consideración social y de los bienes concretos que dan la posesión de la tierra y los negocios prósperos. Tres años después de recibir su herencia el joven Nightingale se casó con Frances, hija de William Smith, miembro del Parlamento, hombre acaudalado, de gustos artísticos y filantrópicos, defensor de las libertades religiosas, promotor de reformas sociales, patrono de artistas. De ese matrimonio nacieron dos hijas Parthenope y Florencia.

Florencia Nightingale perteneció pues por derecho de nacimiento a la clase gobernante. Inglaterra ha sido gobernada por una clase, lo es aun hoy y tal vez lo será siempre, porque esa clase se adapta a los tiempos y está abierta a las ideas y a las personas. ¿No se ha visto acaso a sus miembros a la cabeza de los movimientos de ideas y de acción de los más variados matices? ¿No se ha visto

acaso dirigir los destinos de Inglaterra a un judío, al sobrino de un pobre zapatero, al maestro de escuela que hasta el nombre de su padre ignoraba, colaborando y turnándose en el manejo de los asuntos imperiales con los vástagos de la más rancia aristocracia? Para gobernar a Inglaterra hay que pertenecer a esa clase, por derecho de nacimiento o por derecho de conquista y poseer una única condición: ser eficaz. La conquista aunque frecuente no es fácil aun hoy día, hace un siglo era mucho más difícil. Florencia Nightingale no tenía que conquistar su posición social, de haber nacido hombre su lugar estaba listo, pero nació mujer. Para comprender lo que fué su obra y como pudo realizarse es necesario tener bien presente este doble hecho: era una mujer y de una familia de la aristocracia gobernante.

Mr. Nightingale era un espíritu refinado, de una conciencia escrupulosa, retraído, poco práctico en los asuntos de este mundo, aficionado a especulaciones religiosas no del todo ortodoxas. Su educación, hecha en Edimburgo, en Cambridge y en largos viajes por el Continente, le desarrolló sus dotes intelectuales, sin quitarle del todo su innata timidez. Mrs. Nightingale, la bella Fanny, era 6 años mayor que su marido con quien se casó en 1818, más por la razón que por la pasión, pues ya había vivido su grande y pristino amor por un militar, que no fué considerado apto para llegar a ser su esposo. De una belleza poco común, siempre admirada, festejada y mimada, sin la influencia de un sentimiento profundo que fecundara su alma, es natural que orientara su vida a la luz de consideraciones mundanas y que en su carácter privara el deseo y el hábito del dominio.

Ambas niñas pasaron sus primeros años en Embley, la magnífica residencia adquirida por Mr. Nightingale en Hampshire, a orillas del New Forest. Fueron educadas por

institutrices y por su propio padre, quien les enseñó el Griego y el Latín, mucha historia, algo de matemática y de filosofía y las acostumbró a escribir, pues con frecuencia debían redactar pequeños ensayos sobre temas dados por él. Parthenope era alegre y despreocupada, la hija de su madre; Florencia era seria, sensitiva, más bien callada y soñadora, en sus primeras cartas se ve ya la tendencia introspectiva. Cuando aun no tenía 17 años "Dios la llamó a su servicio", cosa nada rara en adolescentes de temperamento serio; es el primer indicio, inseguro y vago aun, de lo que será más tarde una vocación, si el espíritu no se extravía luego en la vanidad.

Como era costumbre en las familias pudientes, las niñas fueron llevadas a viajar por el Continente y pasaron largas temporadas en Italia, en Suiza, en Francia. El invierno de 1838-39 estuvieron en París y ahí nació la amistad con Mary Clarke (Madame Mohl), quien presidía uno de los más renombrados salones de intelectuales. No es de extrañar que Florencia con su interés por las cosas de la inteligencia y de la vida pública sintiera la "tentación de brillar en sociedad".

Era entonces una niña de sociedad, graciosa en su figura y en sus movimientos, suave en sus modales y, sin tener la belleza llamativa de su madre, atrayente por la profunda seriedad de sus grandes ojos y el encanto de su voz plácida y cristalina como el canto del ruiseñor. Pero había que vencer una reserva natural, acentuada por el conflicto interior, para que se alumbrara en su mirada esa luz que hacía de sus ojos los más alegres que había visto Mrs. Gaskell. Lady Lovelace hace su retrato en un poema escrito en 1851 cuando Florencia tenía 31 años. Estaba cerca del fin de la primera etapa de su vida y ya había hallado su vocación. La clara visión poética de la hija de Byron nos

la pinta con viveza extraordinaria y hace una sorprendente profecía (1).

Su juventud fué un largo y penoso conflicto interior en busca de su vocación y de la manera de satisfacerla. "Hallar lo que podemos hacer, el lugar individual de cada uno, así como el fin último es la tarea del hombre" ha dejado escrito en el margen de un libro de Browning. El deseo de perfección y de la acción la dominaban. Cuando tenía 24 años le escribía a Mary Clarke: "Me preguntáis porqué no escribo algo. Creo que es mejor que no exista aquello que no es de primera calidad; y además preferiría tanto vivir y no escribir; el escribir es sólo un substituto del vivir... los sentimientos se diluyen en las palabras; deberían destilarse todos en actos que produzcan resultados".

La miseria y la ignorancia despertaban su simpatía y la impulsaban a llevar su ayuda a quienes las sufrían. Para ella "la vida no era un juego de vacaciones, ni un libro interesante, ni una escuela de instrucción, ni un valle de lágrimas; si no una ardua batalla, una lucha con el principio del mal". Por eso se sentía feliz en Lea Hurst, donde, según decía, "hay tantos deberes cerca de la mano y estaría bien contenta de cumplirlos ahí todos los días de mi vida". Esos deberes consistían en cuidar a los pobres enfermos en las chozas miserables de la aldea industrial.

La misma vida en Londres, a pesar de sus actividades sociales, tenía compensaciones, las mañanas quedaban libre y luego "si se abren los ojos no se puede dejar de ver que en la otra calle la vida no es como nos la han hecho. No se puede bajar de un coche para ir a una fiesta sin ver lo que hay en las caras que hacen fila a cada lado y sin sentir el impulso de correr hacia ellas y decir: he aquí

(1) Véase el apéndice.

mis hermanos y mis hermanas”. “La vida no es una verde pradera, ni una agua estancada como la hacen nuestros hogares... En una casa de campo inglesa todo lo que es penoso se aleja de la vista, detrás de esos árboles hermosos en una aldea a tres millas de distancia”. No podía soportar esa vida vana y vacía; las horas se le hacían interminables y cuentan que hasta adelantaba el reloj a hurtadillas, para que llegara más pronto la hora de acostarse y terminara el día, en que no había hecho otra cosa que cumplir con la obligación de “poner una cara alegre y decir algo entretenido mañana, tarde y noche”.

Algo que llenara su vida y empleara todas sus facultades le era indispensable, siempre lo había anhelado en forma consciente o inconsciente y lo que más le atraía desde sus primeros pensamientos era el cuidado de los enfermos. A los 25 años quiso residir unos meses en el Hospital de Salisbury para aprender el oficio de enfermera, pues se daba cuenta que algo más que la buena intención es necesario para hacer el bien, se requiere también un aprendizaje porque hay que tener habilidad. En silencio y a escondidas meditó y preparó su plan; había elegido ese hospital cerca de Embley, porque ahí ejercía su amigo el Dr. Fowler. Cuando Mrs. Nightingale fué enterada se horrorizó, y no sin motivo. Algunos años después la misma Florencia Nightingale debía escribir en un informe oficial: “puede decirse que los hospitales son escuelas de inmoralidad, hecho inevitable cuando mujeres de mala reputación son admitidas como enfermeras, para envilecerse aun más por su conducta con los enfermos y los jóvenes cirujanos”. Casi todas las enfermeras, tanto las empleadas en los hospitales para cuidar a los pobres, como las llamadas a las casas más pudientes, eran no sólo mujeres ignorantes e incompetentes, sino también de una moralidad desastrosa; el

alcoholismo consuetudinario era a tal punto frecuente que se le consideraba como una consecuencia natural de las penosas y desagradables tareas que debían desempeñar. Dickens en su novela "Martín Chuzzlewit" ha hecho vivir en Mrs. Gamp y en Mrs. Prig la enfermera de esa época. Irónicamente escribe: "el mejor entre nosotros tiene sus defectos y se deberá conceder que si hay una mancha en la bondad del carácter de Mrs. Prig ésta sería el hábito de no dispensar toda su aspereza y amargura a los enfermos (como lo haría una mujer del todo amable) si no en guardar un resto considerable para el servicio de sus amigos". Ese terrible retrato es imagen fiel de la realidad; el gran escritor, según él mismo lo afirma, no ha hecho sino describir la enfermera llamada por una de sus amigas, una distinguida dama, para cuidar uno de sus seres más queridos. En el hospital de Manchester policías recorrían las salas toda la noche para asegurar el orden, las enfermeras no sólo eran incapaces de hacerlo, si no que eran causa de disturbios.

La energía de Mrs. Nightingale se impuso, no iba a permitir que su hija se marcillara viviendo en compañía de quienes originaban espectáculos tan repugnantes a todo el que tuviera sensibilidad moral. La pobre Florencia debió lamentar el fracaso de su proyecto; en medio de una profunda depresión le decía en una carta a su prima Hilary Bonham Carter, después de relatar el episodio: "Nadie sino la madre de una idea naciente puede saber cuán preciosa es, ni como muere el alma entre la destrucción de una y la llegada de otra". Le habían roto su muñeco de piedra.

Las mujeres de las familias pudientes no tenían nada que hacer. Pasaban sus días "sentadas alrededor de una mesa en una sala mirando grabados, tejiendo, leyendo pequeños libros... salían diariamente a pasear en coche" y

cuando emprendían algún trabajo lo hacían “ a ratos perdidos ” ¿Cómo no se iba a rebelar contra esta vida un espíritu todo voluntad de acción? ¡Había tantas miserias, tantos males que aliviar! Su impotencia para satisfacer sus deseos, sus necesidades más vitales, la llevaban al hábito de soñar, a escaparse de la actualidad intolerable hacia el mundo fantástico de la imaginación. Y esto también era motivo de dolor, causa de autoreproches: “ cuando todas las ideas de uno se van vagando fuera del alcance, uno se da cuenta del estado de castigo futuro, aun en este mundo ”. Para una recia mentalidad construida para la acción, en la cual el orden es característica saliente, el soñar es el opio que alivia momentáneamente, pero que desquicia y destruye. Ella veía que ese era su enemigo más terrible, pues enfermaba su alma y acabaría por minar sus fuerzas.

Bajo su exterior tranquilo y aparentemente apacible se ocultaba un temperamento de una emotividad intensa, hasta violenta, no es extraño que su salud se resintiera por el mal del espíritu. Para distraerla, talvez para hacerle olvidar sus veleidades, y restablecer sus fuerzas físicas, la enviaron a viajar con sus amigos los Bracebridge. El invierno de 1847 estuvo en Roma. Sus tesoros artísticos le interesaron, pero sólo en forma secundaria pues “ la manera del artista de contemplar la vida ” le desagradaba, consideraba que ella “ reducía todo sentimiento religioso y casi todo lo espiritual a una especie de linterna mágica, con la cual se hacen juegos para divertir a los demás ”. Esta incomprensión de la belleza en su significado trascendente, no es rara en los temperamentos de acción.

La vida política de Roma, que entonces pasaba por un momento de gran agitación, llegó a conmovérle, hasta a apasionarla. Pero el mayor interés de la Ciudad Eterna no podía ser otro que la Iglesia para quien como ella tuviera

a la religión en las raíces de su ser. Ha dejado escrito que “ cuando era joven no podía comprender lo que se quería decir al hablar de la distracción en las oraciones. Pedía lo que realmente deseaba y deseaba realmente lo que pedía; mi pensamiento no se distraía más de lo que se hubiera distraído el de una madre al suplicar a su soberano la gracia de la vida de su hijo ”.

Estudió minuciosamente la doctrina católica, inició una íntima amistad con la Madre Santa Colomba e hizo un retiro de diez días en el convento de la Trinitá dei Monti.

La obra social de la Iglesia la atraía; más tarde debía escribir: “ las órdenes católicas me ofrecieron trabajo, el aprendizaje necesario para hacerlo, la simpatía y la ayuda en su ejecución; busqué eso en vano en la Iglesia de Inglaterra ”. La afinidad con la Iglesia y con los católicos, entre quienes contaba con grandes y profundas amistades, la conservó toda su vida. Más de uno y entre ellos el Cardenal Manning, a quien conoció ese año en Roma antes de su conversión, trató de hacerla entrar en el redil de la Iglesia, pero se quedó en la comunidad anglicana porque según ella “ ahí había nacido ”. La razón verdadera es otra. El significado trascendente de la doctrina se le escapaba a pesar de sus largas meditaciones y hondos estudios: “ Las cosas no andarán bien hasta que tengamos una iglesia que admita a sus fieles no por la confesión de una doctrina, sino por el mérito de sus obras ”. He aquí otra incomprensión, otra limitación característica del temperamento de acción.

En sus conversaciones con la Madre Santa Colomba y en sus visitas al convento, se interesaba particularmente en el proceso de formación de las novicias, en el secreto para despertar y los medios para alimentar una vocación.

Años después debió poner en buen uso lo que a este respecto aprendió, pocos le han superado en la capacidad de encender en otros ese “estado de ánimo en el cual una corriente fluye y lleva todo el ser a un fin superior”.

En Roma se sintió feliz. “El más feliz año nuevo”; escribía, “la liberación más completa y duradera del mal de soñar que haya tenido”. Pero no se había olvidado de sus veleidades de curar las miserias humanas, porque no eran veleidades; pronto esto se pondría a prueba en forma definitiva.

Con el transcurso del tiempo era natural esperar que Florencia se casara, y no faltaron los aspirantes a la dicha de ser su esposo. Alguno hasta llegó a conmovérsela y aquí es mejor que sea ella misma quien de la explicación de lo ocurrido: “Tengo una naturaleza intelectual que requiere satisfacción y la encontraría en él. Tengo una naturaleza pasional que requiere satisfacción y la encontraría en él. Tengo una naturaleza moral activa que requiere satisfacción y no la encontraría en su vida... A veces pienso que a fin de cuentas daré satisfacción a mi naturaleza pasional, porque eso al menos me libraré del mal de soñar. Pero ¿lo hará? Podría estar satisfecha de vivir mi vida con él, si asociáramos nuestras capacidades para algún gran fin. No podría satisfacer mi naturaleza pasando mi vida con él en actividades sociales, en quehaceres domésticos... Estar clavada a una continuación y exacerbación de mi vida actual, sin la esperanza de otra, me sería intolerable. Voluntariamente poner fuera de mi alcance la posibilidad de captar la oportunidad de hacer para mi misma una vida verdadera y rica, me parecería un suicidio”.

No hacen falta comentarios, su idea era el amado, ya estaba en posesión de la morada, todo otro era un intruso, su vida entera le fué fiel a su amor, sin desfalleci-

LIOS)
su vida

miento lo sirvió con toda su inteligencia, con todas sus fuerzas, con todo su ser.

Tenía 29 años. En Londres dedicaba todo el tiempo posible a visitar hospitales o a trabajar en las escuelas para niños abandonados, fundadas por Lord Shaftesbury; en medio de sus ladronzuelos, como los llamaba, encontraba la alegría. Llegado el otoño fué a Egipto con los Bracebridge. Admiró las bellezas naturales y las maravillas dejadas por la antigua civilización, pero otras cosas le interesaban más. Pasó “mucho tiempo con las Hermanas de San Vicente de Paul en sus hermosas escuelas. Hay solamente diez y nueve pero hacen el trabajo de noventa”. O bien “metiendo las narices en las aldeas para saber como vive esta pobre gente”. En Atenas revivió para ella la antigua Grecia, pero más vida tenía la escuela y el orfelinato de los misioneros. ¡Qué inútil le parecía su vida al lado de la de estas mujeres que prodigaban las suyas en servicio de otros!

No podía dejar de rebelarse esta personalidad fuerte hasta el heroísmo, avasallada por lazos mezquinos que le eran muy inferiores. El domingo de Pentecostés de 1851 escribía en su diario: “Algunas cosas debo *tomarlas*, las menos que pueda, para poder vivir. Las debo tomar porque no me serán dadas; tomarlas en el espíritu de hacer Vuestra voluntad, Señor, no arrancándolas por mi capricho. Deberé privarme de algunas cosas, de todas las que pueda, y que no podría tener sin causar más sufrimiento del que de todos modos deberé causar”. No había esperanza de encontrar ni ayuda, ni simpatía en su madre ni en su hermana, y su padre con quien la unía una tierna amistad ¡era tan ineficaz frente al dominio maternal!

El punto de vista materno le fué expuesto con toda claridad y comprensión por Mrs. Smith la hermana de su

padre, casada con un hermano de su madre: "Creo que vuestra madre estaría muy de acuerdo en que emprendieras una misión como Mrs. Fry o Mrs. Chisholm (1), pero cree que para tu paz y bienestar es necesario que hubiera un Mr. Fry o un Capitán Chisholm para protegerte, y en conciencia cree que debe defenderte de hacer cualquier cosa que ella crea sea un obstáculo a la existencia de un Mr. F. o de un Capitán C.". Pero Florencia veía las cosas de otra manera: "No puedes creer que con mi "talento", mi "reputación europea", mis "hermosas cartas" y todo eso, me voy a quedar dando vueltas en la sala de mi madre toda mi vida. Me buscaré trabajo. Debes considerarme como vuestro hijo. Les hubiera costado mucho más si me hubiera casado o si fuera un hijo. Debes considerarme como si estuviera casada o como si fuera un hijo. Estabas de acuerdo en separarte de mí para que me casara". Su tía, que simpatizaba con ella y comprendía su estado de ánimo llegó a establecer un acuerdo en la familia, un curioso pacto en el que Mrs. Bracebridge actuó como testigo. Pasado un tiempo, no especificado, era evidente que se podría descartar la posibilidad de un esposo, entonces Florencia quedaría libre para seguir su vocación. Mientras tanto se podía preparar para ello con discreción y prudencia.

En 1853 estuvo en París inspeccionando y estudiando los hospitales de la Asistencia Pública, recogiendo datos, informes, estadísticas y archivó todo en forma ordenada según era su costumbre. Munida de una carta de presentación de Manning ingresó a la Maison de la Providence de

(1) Mrs. Elisabeth Fry hizo una obra entre los presidiarios que ha hecho historia en los anales de la penalidad. Mrs. Chisholm fundó escuelas y orfanatos en la India y socorrió a las mujeres emigrantes a Australia.



las Hermanas de Caridad, para adquirir práctica de cerca en las tareas del orfelinato, de la cuna y del hospital. La suerte le fué adversa, al poco tiempo se enfermó: “De todas mis aventuras y han sido muchas y bien raras, la más rara y la más sucia es un sarampión en la celda de una Soeur de Charité”.

Algún tiempo antes había estado 3 meses en Kaiserwerth, con la Diaconesas del Pastor Fliedner, Institución que ya había visitado en el verano de 1850. Estaba ahí casi a escondidas, mientras su madre y su hermana hacían la cura en Carlsbad. “No he dicho a nadie donde estoy y sentiría que lo supieran las viejas. Referente a lo que dirá la gente, la opinión de aquellos a quienes más aprecio ha sido durante años de que viniera aquí”. Cumpliendo las rudas tareas de una diaconesa se sentía revivir: “Ahora sé lo que es vivir y amar la vida... Dios en verdad ha hecho la vida rica en interés y en bendiciones y no deseo otra tierra, otro mundo si no éste”. Su entusiasmo sin embargo no oscurecía su capacidad crítica. Admiraba el tono del establecimiento, la riqueza de las lecciones morales del Pastor Fliedner, la eficacia en muchas de las actividades, era su hogar espiritual; pero el aspecto técnico dejaba mucho que desear, “el arte de cuidar los enfermos no existía, la higiene era horrible, el hospital era seguramente la peor parte de Kaiserwerth”. Esto era en realidad válido para todas las instituciones hospitalarias de la época, su obra sería el cambiar este estado de cosas.

Había concluído la primera etapa de su vida. “En mi trigésimo-segundo aniversario”, escribía a su padre “debo decirle una palabra de agradecimiento. Me siento feliz de que mi juventud haya pasado y me alegro de que nunca puede volver esa época de tonterías y avasallamiento, de esperanzas no cumplidas, de inexperiencia desilusiona-

da, cuando un hombre no posee nada ni siquiera a sí mismo. Me siento contenta de haber vivido, aunque ha sido una vida que, salvo como preparación necesaria para otra, pocos aceptarían. Espero haber entrado ahora en posesión de mi misma. Espero haber escapado de aquella esclavitud que no sabe distinguir entre los “malos hábitos” y los “deberes”, términos con frecuencia sinónimos para todo el mundo”.

Había escrito un ensayo, denominado “sugestiones para el pensamiento”, donde examina los problemas espirituales que la preocupaban. Más tarde fué impreso un corto número de ejemplares para que sus amigos lo leyeran y se lo criticaran. Jowett y Stuart Mill se lo anotaron cuidadosamente, pero nunca fué publicado; deshilvanado y confuso en la forma, no constituía un conjunto orgánico. Ha quedado como un interesantísimo documento de su personalidad mental, a ella le sirvió como una síntesis de los frutos de su conflicto espiritual. Al fin de 1852 estaba concluído: “He revisado todas mis creencias religiosas desde el principio hasta el fin. He aprendido a conocer a Dios. He rehecho mi credo social; ambos están escritos y listos para usar cuando mi hora haya llegado”.

En 1853 un Comité de Damas distinguidas estableció un Sanatorio para gobernantas enfermas y Florencia Nightingale fué encargada de organizarlo y dirigirlo, en carácter de superintendente o enfermera principal. Dió a ello todas sus energías, en diez días lo instaló y lo puso en condiciones de funcionar, revelando esa capacidad para comprender la importancia del último detalle que es característica de los grandes administradores. Empezó a ejercer un arte difícil en el que se mostraría maestra consumada, el de manejar comisiones, el de llevar por un camino determinado a quienes no comprendían o no querían comprender

el fin a alcanzar. Aprendió a emplear todos los recursos desde la sugestión sutil, hasta la amenaza más o menos velada. Como dirigente sabía ser implacable y como reverso de esa faz sabía prodigar una ternura a sus enfermas que dejaba un recuerdo y una gratitud impercederos.

Seel
1952

OPORTUNIDAD



El Origen de la Leyenda.

Su hora había llegado; esa hora tan esperada y para la cual había vivido purificando su espíritu y adiestrando su inteligencia. La guerra de Crimea, la más estúpida de las guerras por la sinrazón de sus motivos originarios y la ineptitud de los dirigentes de todos los bandos, le daría su oportunidad. Y así en medio del fango floreció una hermosa planta que vive aún y sigue dando frutos: el cuidado de los enfermos llegó ahí a ser un arte, uniéndose la técnica moderna a la ancestral piedad femenina.

Apenas producidos los primeros encuentros se reveló en forma evidente la ineficacia de los servicios sanitarios del ejército británico. El 9 de octubre de 1854 el "Times" informaba que los heridos en la batalla del Alma se hallaban poco menos que desamparados; el 12 Mr. Russell, el corresponsal del gran diario, describía con detalles precisos el lamentable estado de cosas. La reacción fué inmediata. Al día siguiente Sir Robert Peel enviaba £ 200 como primera contribución a un fondo destinado a proveer lo necesario para los heridos. El 14 se publicaba una carta donde, después de hacer notar que el ejército francés contaba con los servicios inestimables de las Hermanas de S. Vicente de Paúl, se preguntaba "¿Por qué no tenemos hermanas de caridad? Numerosas mujeres inglesas fuertes de cuer-

1854

po y de corazón tierno irían con alegría y prontitud a dedicarse a cuidar enfermos y heridos, si fueran asociadas con ese propósito”. Esa misma idea surgió de muchos y en Inglaterra lo que está en el pensamiento no tarda en llegar a la acción.

El nombre de una mujer estaba en los labios de todos quienes la conocían: “¿Porqué Florencia Nightingale no se entrega a esta gran obra?” preguntaba Manning. Lady ✱ María Forester le ofrecía £ 200 para que ella organizara una expedición de enfermeras para el frente. El Ministro de Guerra acudía solicitando su ayuda.

Ese ministro era Sidney Herbert. Los Herbert habían estado en Roma en 1847, donde conocieron a Florencia Nightingale; en esa ocasión se inició una amistad destinada a durar toda la vida y a producir frutos que harían historia, pues estaba cimentada en una comunidad espiritual y se mantendría viva por la asociación en una gran obra.

El sábado 14 Miss Nightingale le escribía a Mrs. Herbert, quien formaba parte de la Comisión del Sanatorio que ella dirigía, proponiéndole organizar como empresa privada, una pequeña expedición de enfermeras para Scutari. Le comunicaba el ofrecimiento de Lady Maria Forester, creía poder conseguir la ayuda de otras personas acaudaladas y contaba ya con el beneplácito de miembros importantes del gobierno y de la administración. Esa carta, sin adjetivos resonantes ni frases soñoras, es una elocuente manifestación del deseo de servir, cada palabra traduce el anhelo afiebrado de quien ve la oportunidad de alcanzar un gran bien y teme se le escape.

Sidney Herbert pasaba el fin de semana en una residencia de campo. El domingo, antes de que le llegara la carta de Miss Nightingale le escribía pidiendo su colaboración. Le enumeraba varias ofertas recibidas pero decía,

“conozco sólo a una persona en Inglaterra capaz de organizar y dirigir esta empresa; varias veces he estado a punto de preguntarle, en forma hipotética, si usted se encargaría de ello en caso de realizarse”. Se daba bien cuenta de los obstáculos a vencer, ignorados por la mayor parte de los entusiastas, y los exponía con toda claridad: “La selección de las enfermeras será muy difícil, nadie lo sabe mejor que usted. La dificultad de encontrar mujeres aptas para una tarea a fin de cuentas llena de horrores y requiriendo, además de conocimientos y buena voluntad, gran energía, será grande. La tarea de gobernarlas y de introducir la disciplina entre ellas, será grande; y no será dificultad menor la de conseguir trabajar en armonía con las autoridades médicas y militares. Todo esto hace indispensable que el experimento sea llevado a cabo por alguien con capacidad administrativa y con experiencia. Unas cuantas damas entusiastas y sentimentales sueltas en el Hospital de Scutari, probablemente después de pocos días, serían *mises a la porte* por aquellos cuyas tareas interrumpirían y cuya autoridad discutirían”. Con visión de gran estadista planteaba el problema en sus verdaderos términos y le daba su solución exacta, el porvenir lo demostraría en forma concluyente.

Todas las dificultades preliminares, incluyendo la resistencia opuesta por la Sra. Nightingale, fueron arregladas. El 19 de octubre Miss Nightingale recibía sus órdenes oficiales. Mientras tanto se iban seleccionando las enfermeras. La expedición se organizaba en casa de Mrs. Herbert y ahí acudían las candidatas que se habían buscado en toda la ciudad. La profecía del Ministro empezaba a cumplirse: “Sentíamos vergüenza de tener en la casa algunas de las mujeres que acudieron. Sólo una manifestó deseos de ir por un buen motivo. El dinero era el único aliciente”, decía

Miss Mary Stanley. Por fin se reunieron 38, 10 hermanas católicas, 8 hermanas anglicanas, 6 enfermeras de la casa de San Juan (una institución religiosa anglicana) y 14 enfermeras de varios hospitales. Salvo una que otra no eran damas de alcurnia, sino simples mujeres de pueblo, sin mayor educación.

Miss Nightingale hacía una enorme labor en completa posesión de sí misma y de las circunstancias. “Nadie mejor que ella puede hacer esta obra”, escribía Lady Canning, “tiene tanto dominio y habilidad, es tan sabia y serena. Aun ahora no está ni agitada ni apurada”. Su hermana decía que estaba tan tranquila en medio del tremendo apuro, como si estuviera por ir de paseo.

El 21 de octubre, 12 días después de publicadas las primeras noticias en el “Times”, 5 días después de la entrevista entre Sidney Herbert y Florencia Nightingale, ésta partía con sus enfermeras. Esa es la energía, esa la actividad indispensable para llevar a feliz término las grandes empresas. Ese es el secreto que ha hecho el gran Imperio.

En medio de un temporal, lloviendo a cántaros, llegaron a Scutari. Había dos hospitales, el Hospital General con 650 heridos graves y un viejo cuartel convertido en Hospital, por el simple procedimiento de haberle dado una mano de blanqueo, con 1715 heridos y enfermos, 120 de éstos con cólera. Ambos establecimientos, en lo referente al cuidado de los enfermos, dependieron directamente de Miss Nightingale; durante un tiempo también el de Koulali a 7 u 8 kms. de distancia; más tarde “conquistó”, ya veremos a través de cuantas dificultades, los hospitales de la península de Crimea. Otros, como el habilitado en el Palacio de Verano del Sultan y el Hospital naval en Therapia, no estaban bajo su inmediata jurisdicción oficial pero ejercía

1215 — 120
x — 120

x = 1215 / 120 = 10.125
1215 / 120 = 10.125

para ellos las funciones de consejero extraoficial, les prestaba una ayuda muchas veces poderosa y siempre eficaz.

Diez de las mejores enfermeras fueron destinadas al Hospital General, donde pronto se estableció el orden y un "buen régimen de trabajo, gracias a los esfuerzos infatigables del cirujano Jefe", según informaría más tarde la misma Miss Nightingale. Ella se estableció con el resto de su personal en el Hospital del Cuartel. Era éste un viejo edificio insalubre, invadido por ratas, ratones y cuanto insecto puede vivir del hombre. Los enfermos estaban hacinados en enormes salones, con las aperturas todo lo herméticamente cerradas cuanto lo permitía la ruinosa carpintería, a fin de evitar las inclemencias del tiempo y la entrada de sabandijas. La atmósfera era irrespirable, no sólo por el amontonamiento de tanta carne humana sucia, infectada, pudriéndose, sino también porque las cloacas eran deficientísimas. La higiene era desconocida; el primer pedido que Miss Nightingale hizo a Mr. Macdonald, el administrador del fondo del "Times" fué de 200 cepillos duros y trapos para limpiar los pisos, pues no había con que hacerlo. Antes de su llegada se lavaban 6 camisas por mes.

En una de las torres había una habitación grande que servía de depósito y cocina, con la cual comunicaban tres piezas, destinadas a dormitorios para las enfermeras; otra pequeña para Mrs. Bracebridge y la viuda de un oficial muerto en la guerra; una última para Mr. Bracebridge y el courier (1). Florencia Nightingale tenía su cama en la cocina, detrás de un biombo. Más adelante tuvo que alquilar una casa a su costo para asilar las enfermeras

(1) Una vez más los Bracebridge acompañaban a Miss Nightingale en sus viajes. Sus servicios fueron de un valor incalculable.

que contraían enfermedades contagiosas, pues no era posible cuidarlas, ni aislarlas en tan estrecho local.

Este hacinamiento era debido a la falta de espacio para albergar los heridos. Cinco días después de la llegada, el 9 de noviembre, fueron desembarcados 510 heridos en la batalla Balaclava, el aviso de su arribo se recibió sólo media hora antes. “Entre la 1 y las 9 teníamos los colchones rellenos y cosidos, tendidos desgraciadamente en el suelo — pues no había más camas — los hombres lavados y sus heridas curadas”. En esos días se había librado la batalla de Inkerman y un nuevo contingente inundaría el hospital ya repleto; el número de pacientes llegó a ser más de 2400 en diciembre.

Los heridos eran transportados por mar desde el frente de batalla a Scutari, donde el desembarco se hacía en la forma más primitiva imaginable; llegaban agotados por las penurias de la travesía, hecha en medio de un invierno crudo, semidesnudos, cubiertos sólo por harapos sucios e insuficientemente alimentados. Muchos morían el mismo día del arribo o no estaban en condiciones de soportar la más leve intervención quirúrgica. El “Times” había acusado la carencia de recursos en los servicios sanitarios. En las esferas oficiales no se estaba de acuerdo con ésta afirmación. El Dr. Andrew Smith, Jefe de la Sanidad Militar en Londres, le aseguró a Miss Nightingale que nada hacía falta. Lord Stratford, el embajador británico en Constantinopla, aconsejó a Mr. Macdonald que utilizara el fondo del “Times” para construir una iglesia anglicana en Pera, donde no había una, pues no se le ocurría otro destino más apropiado a ese dinero. Sidney Herbert mismo, en la carta ya mencionada, describía en detalle las provisiones enviadas. A pesar de esto, por precaución, de paso en Marsella Miss Nightingale adquirió algunas cosas que le parecía serían

indispensables, fueron tan útiles que sin duda de no haberlas tenido no hubiera podido prestar servicios con eficacia desde el primer día de su llegada. Faltaba todo: el jabón y los utensilios domésticos más usuales, la ropa para los enfermos y para las camas y aun las camas mismas, los medicamentos, las vendas y los instrumentos para efectuar las operaciones quirúrgicas.

Esta incuria era causada y mantenida no por la pobreza, sino por el sistema burocrático. Un pedido de provisiones debía hacer un largo y tortuoso trayecto por numerosas oficinas antes de recibir despacho favorable. Aún teniendo las cosas a mano no se podía tocarlas antes de haber cumplido un complicado trámite de contralor con inspección, visación y contravisación. Para colmo todo debía pasar por el pozo sin fondo de la aduana turca. No se debe olvidar que el servicio civil británico no era entonces lo que es ahora, todavía sus miembros se reclutaban y el ascenso se obtenía gracias a la influencia personal (1).

Miss Nightingale escandalizó a los buenos burócratas con sus procedimientos expeditivos. Casi diariamente hacía un cruceo por el almacén general, única forma de enterarse con rapidez y exactitud de lo que había y de lo que faltaba. Cuando era necesario se apoderaba de lo que hacía falta con urgencia, sin esperar el trámite sacrosanto. Hasta llegó a ordenar construcciones y refacciones en el Hospital por su propia cuenta, debía darse cabida a nuevos heridos anunciados y no era posible hacer mover con ritmo suficientemente acelerado la pesada máquina administrativa.

La posición muy particular que ocupaba le daba gran-

(1) Es posible hacerse una idea bastante exacta de lo que ocurría, sin necesidad de forzar mucho la imaginación, basta mirar a nuestras reparticiones públicas, donde rigen actualmente las mismas normas.

des ventajas y las supo aprovechar al máximo. Contaba con la confianza de sus superiores; su correspondencia con Sidney Herbert — una correspondencia entre amigos íntimos que se estiman grandemente — demuestra que esa confianza no se limitaba a su honestidad, sino que se extendía a su capacidad. Podía así romper normas y atropellar reglamentos anacrónicos y estúpidos, cuando otros funcionarios regulares se veían atados por el temor, bien fundado, de despertar resentimientos y verse sometidos a juicio por mala administración, con la consiguiente ruina de su carrera. Además gozaba de gran prestigio popular, su leyenda ya había nacido. De todo el mundo le llegaba dinero para su trabajo; su fondo personal llegó a más de £ 7000, una suma muy grande en esa época. El fondo del "Times" estaba a su disposición. Los ojos de la Reina estaban puestos sobre ella y la miraban con beneplácito, testimoniado en forma señalada y repetida y así fué designada administradora de la Munificencia Real. En última instancia podía recurrir a su fortuna personal, o la de sus amigos, para hacer gastos sin esperar la llegada de la autorización; el gobierno le reintegró £ 2600 por inversiones hechas en esta forma.

El origen del mal estaba en la confusa delimitación de las funciones de cada repartición, una tarea correspondía con frecuencia a varias oficinas y entre ellas se producía un complicado juego de etiqueta y de rivalidades. Así la responsabilidad se diluía, la coordinación no existía. Muy pronto propuso y abogó con insistencia por la implantación de una serie de medidas administrativas, muchas de las cuales no tardaron en ser puestas en práctica. Empezaba a demostrar que era lo que Sidney Herbert había previsto: un gran administrador.

Los heridos y enfermos de los hospitales militares estaban al "cuidado" de ordenanzas, viejos pensionados,

los soldados más inútiles, los convalecientes. Según Miss Nightingale los hombres del cuerpo de ambulancias que sobrevivieron al cólera se murieron de *delirium tremens*. No es de extrañar que en esas salas donde se ignoraba la higiene, se desconociera la disciplina. Las enfermeras debían introducirla. Estas no debían ser meras fregonas, su tarea era otra de más elevada jerarquía y estas pobres mujeres ignorantes e incultas debían aprenderla. Hoy está plasmado y perfeccionado el tipo de la enfermera Nightingale, su función es el cuidado hábil, "técnico", de los enfermos; debe saber hacer la limpieza del paciente y mantenerlo limpio; saber alimentarlo y darle los medicamentos prescritos; saber observar los síntomas y comprender algo de su significado para referírselos al médico y recurrir a él en caso de urgencia; saber comprender el estado de ánimo del enfermo y ser capaz de simpatizar con él. La enfermera Nightingale es una prolongación de las manos y de la vista del médico y debe estar imbuida del mismo celo profesional. Debe poseer además ternura maternal, para revestir de suavidad todos sus actos y estar movida por una vocación vivificadora de todas sus tareas, pues en su desempeño deberá encontrar su máxima recompensa.

Ya durante el viaje Miss Nightingale vió surgir las primeras dificultades para mantener la armonía en su personal; inmediatamente empezó a darles un concepto de su propia dignidad. Ella misma atendía a sus necesidades y cuando era necesario les servía personalmente; al tercer día ya estaban algo civilizadas y humanizadas. "Nunca se tuvo tal cuidado de nuestras comodidades; no es así como habitualmente se nos trata; no teníamos noción de que Miss Nightingale se convertiría en una esclava para servirnos", decían estas pobres mujeres, acostumbradas a ser consideradas como escoria humana. Pero no era tarea fácil

mantener la disciplina, ya se lo había prevenido Sidney Herbert: “Tengo rango de Brigadier General en el ejército”, decía, “porque 40 mujeres británicas que tengo conmigo son más difíciles de manejar que 4000 hombres”. Hizo un reglamento y lo envió a Inglaterra para que estuvieran enteradas de él las aspirantes a engrosar sus filas. Una serie de detalles pintorescos revelan las propensiones de estas novelas heroínas: se les exigía vestir el uniforme a toda hora, sin adornarlo con flores en las gorras, cintas y otros aderezos; se les prohibía salir sin permiso previo y sólo podían hacerlo en grupos de tres; se les prohibía beber más de una cierta cantidad de bebidas alcohólicas, etc. Se le ha criticado el excesivo rigor de su disciplina, cuya tradición perdura hasta hoy en los hospitales ingleses; talvez ahora no tiene razón de ser, en aquella época, dadas las circunstancias era indispensable.

En ese ambiente de lucha ruda, en esas condiciones trágicas, la sensiblería no tenía lugar; la realidad debía ser encarada de frente y combatida reciamente. Al llegar a Constantinopla una de sus acompañantes se le acercó para encarecerle que no se dejara retardar por trámites burocráticos “vayamos inmediatamente a cuidar los pobres soldados”. La respuesta fué característica: “Las más fuertes serán necesitadas en la tina de lavar”. Al referirse a un grupo de hermanas, dijo de ellas: “son mujeres excelentes, dulces, dedicadas, más aptas para el Cielo que para un hospital. Van de un lado a otro, como ángeles sin manos, entre los pacientes, apaciguando sus almas y dejando sus cuerpos sucios y descuidados”. La razón de ser de la enfermera en el hospital es el cuidado del enfermo, debe cumplir esta función fundamental en primer término, si no lo hace no tendrá eficacia nada de lo que pretenda hacer en el sentido espiritual. Si cuida maternal-

mente el cuerpo dolorido del paciente, le podrá llegar por el corazón al alma; si no lo hace su presencia será peor que inútil, levantará resistencias y despertará resentimientos.

No todas las mujeres que fueron con Miss Nightingale o fueron enviadas después, resultaron aptas para la difícil tarea. Varias debieron regresar a Inglaterra. Otras en cambio eran un tesoro, valían su peso en oro, para emplear las mismas palabras que ella usaba al referirse a Mrs. Roberts y Mrs. Drake, dos enfermeras del Hospital Santo Tomás de Londres. Esta última se enfermó y murió en Scutari. Miss Shaw Stewart fué de las más útiles, fué superintendente en los hospitales de Crimea y Miss Nightingale la designó para sucederla en la dirección general, cuando creía que no podría sobrevivir después de su enfermedad. La Reverenda Madre Moore, superiora del primer grupo de hermanas católicas, fué su mayor apoyo y mejor colaboradora. Cuando se separaron en 1856 le escribía "No pretendo hacerle un elogio, ni expresarle gratitud, Reverenda Madre, eso haría parecer que pienso que Vd. ha trabajado no por Dios, si no por mí. Estaba Vd. muy por encima de mí en aptitudes para la Dirección General, en el talento mundano de la administración y mucho más aun en aquellas condiciones espirituales que Dios aprecia en un Superior. El que yo haya sido puesta sobre Vd. en aquel reinado no envidiable en el Oriente ha sido mi desgracia y no mi culpa". Florence Nightingale sabía reconocer el mérito donde existía y, lo que es más difícil, sabía admitir con generosidad cuanto debía a sus colaboradores, sello genuino de una gran jefe, quien no necesita robar a sus subordinados ropajes para vestirse, pues le sobra grandeza y puede regalarla.

La subordinación de la enfermera al médico fué la primera regla establecida por Miss Nightingale, impuso

* rígidamente su observación escrupulosa: nada debía hacer la enfermera sin la indicación del médico y sin su permiso. Esta sabia disposición era doblemente necesaria entonces, pues había que conquistar la confianza de los médicos, muchos de los cuales miraban con malos ojos esta intromisión de mujeres donde nunca las había habido antes. Y no eran los únicos en levantar resistencias, militares de vieja escuela y de glorioso pasado se preguntaban ¿qué tenían que hacer mujeres en el ejército, dominio exclusivo por excelencia del sexo fuerte? Toda innovación, aun cuando no ataca intereses creados, despierta oposición, la fuerza de la rutina es tremenda porque es la fuerza de la inercia. Así a Sir George Brown, Comandante de una División en Crimea, se le atribuye la opinión de que “ como cuando fué herido en las piernas en España lo tiraron dentro de un carro, sobre un montón de paja, cree que ese vehículo es excelente para el transporte de heridos y considera a las ambulancias como una invención del Maligno ”. No fueron pocos los obstáculos que este estado de ánimo puso en el camino del “ Pájaro ”, como la llamaban sus adversarios.

* El Ministro de Guerra había enviado instrucciones categóricas para facilitar la misión de Miss Nightingale. Lord Raglan, Comandante en Jefe del ejército, le prestó una ayuda entusiasta y eficaz; pero Lord Raglan murió frente a Sebastopol a mediados de 1855, su sucesor no sentía la misma simpatía por la obra y el Ministerio estaba muy lejos.

* Uno de los adversarios más tenaces fué el Dr. John Hall, Jefe del servicio médico en Crimea, cirujano eficaz bajo muchos conceptos pero con un punto debil que Sidney Herbert pronto descubrió: “ No puedo dejar de sentir ”, le escribía a Lord Raglan “ que el Dr. Hall se ofende cuando se le ofrece ayuda, considera esto como un reproche

que se hiciera a sus preparativos". Después de seis meses Miss Nightingale dejó Scutari donde el orden estaba definitivamente establecido y se trasladó a Crimea. Su nombramiento oficial la designaba Superintendente de enfermeras en Turquía, pero el Ministro aprobaba el viaje y así se lo comunicó a Lord Raglan. Además su cargo de administradora de la Munificencia Real, le abría las puertas de todos los hospitales.

Esa vez poco pudo hacer, pues se contagió de la fiebre que asolaba las tropas y estuvo cerca de la muerte. Pero en octubre volvió y se entabló la lucha con toda crudeza. He aquí un incidente relatado con sus mismas palabras de elocuente sencillez: "Había recibido órdenes de ocupar el Hospital General de Balaclava. Envié un grupo de enfermeras, pero se me informó que había dificultades y sería mejor que fuera yo en persona, y así lo hice. Por la mañana fui caminando desde el Castle Hospital y encontré al local destinado a las enfermeras cerrado y la llave perdida, igual cosa ocurría con el escritorio. Las autoridades principales estaban ausentes, no había la posibilidad de hacer algo por los enfermos, ni de obtener alimentos, ni abrigos, ni nada. La nieve cubría el suelo; no era posible hacer venir mujeres para quienes no había albergue, ni comida. La condición de los pacientes era espantosa, tirados en medio de la suciedad. Envié un mensajero al frente para que trajera una orden de entrega de las llaves, pedí una silla y para demostrar que no cejaría, me senté frente a la puerta, diciendo que esperaría hasta que se encontraran las llaves. Antes de la caída de la noche y antes de que mi mensajero tuviera tiempo de regresar me las trajeron. Mandé buscar mis enfermeras y esa noche la pasamos sin comer, en los bancos del escritorio, envueltas con las frazadas que habíamos traído". Como buen estratega

ocupó sin demora las posiciones conquistadas. Por algo los soldados afirmaban que si ella estuviera al frente de las tropas, Sebastopol caía en una semana.

Este episodio era la culminación de un conflicto que se venía desarrollando desde hacía tiempo. Florence Nightingale consideraba, y con razón, que la unidad de criterio y por lo tanto de mando, era indispensable para el éxito de su misión. A ella se le había encargado esa misión, cuya debía ser la responsabilidad. Un mal entendido se había producido algunos meses antes. Sidney Herbert, interpretando una carta de Mr. Bracebridge como un pedido de Miss Nightingale, envió 47 enfermeras al cuidado de Miss Mary Stanley, pero ésta recibió instrucciones de presentarse no a la Superintendente de Enfermeras, sino a las autoridades militares y así lo hizo. Más enfermeras hacían falta, era evidente y al final de la guerra Miss Nightingale tenía 125 a sus órdenes. Pero esta llegada inesperada, con el agravante de circunstancias que menoscababan su autoridad, le creaba una situación difícil. Apenas había podido vencer las dificultades de organizar su primer grupo: "He conseguido penosamente la confianza de los médicos. Por medio de una incesante vigilancia día y noche he introducido un poco de sistema en las operaciones desordenadas de estas mujeres y el plan, puede decirse, ha tenido un cierto éxito como está... Pero tener mujeres corriendo por las Salas de un Hospital militar todo el día, como lo harían si por el aumento de su número se relajara la disciplina y creciera su ocio, sería tan impropio como absurdo". En un arranque de desesperación le reprochaba amargamente a Sidney Herbert el haberla sacrificado a ella y a la causa que tenía tan cerca de su corazón. Mr. Herbert, entre sus muchas virtudes tenía una paciencia angelical; le contestó con dulzura y bondad, autorizándole a proceder como me-

por le pareciera y aún a hacer regresar a las indeseadas colaboradoras. Con su generosidad la desarmó. Gracias a la intervención de la Reverenda Madre Moore se pudieron vencer los obstáculos de la distribución de las nuevas enfermeras entre las cuales había 15 monjas. Miss Mary Stanley fué a dirigir el Hospital de Koulali con algunas, otras fueron a Balaclava y el resto se quedó en Scutari.

Más adelante Sir John Hall llamó a Mrs. Bridgeman, la superiora de las hermanas en Koulali, para que se hiciera cargo del Hospital General de Balaclava, desconociendo la autoridad de Miss Nightingale y tal vez movido por la idea de que un clavo saca otro clavo. Se produjo así el conflicto que originó el curioso episodio del "sitio" del hospital arriba descrito. Sidney Herbert ya no era ministro de guerra, pero seguía recibiendo cartas de Florence Nightingale. Se le quejaba de que el Ministerio no la apoyaba debidamente: "Es profuso en oropel y vanos elogios que no quiero y no me da lo que quiero: una situación real, eficaz". Frente al Dr. Hall conservaba toda su serenidad, al amigo desahogaba su espíritu atribulado y a veces era tan injusta en sus apreciaciones que él debía reprocharle su vehemencia e irritación, que él atribuía a la fatiga de un trabajo largo, penoso, agotador, pero que inevitablemente iba en detrimento del poder convincente de sus afirmaciones.

Lord Panmure, el Ministro de Guerra, había enviado al Coronel Lefroy para que informara sobre el estado del ejército en campaña. Su impresión de Miss Nightingale y de su obra no podía ser más favorable; se dió cuenta de que "los médicos tenían celos de su misión" y de que "el Dr. Hall la desharía mañana si pudiera". Se imponía una orden general, definiendo sus tareas. El Mi-

nistro remitió el siguiente despacho a raíz de estas apreciaciones: " Parece que las autoridades médicas del ejército no comprenden correctamente la situación de Miss Nightingale, tal cual ha sido reconocida oficialmente por mí... Miss Nightingale es reconocida por el Gobierno de Su Majestad como Superintendente General de las mujeres enfermeras de los Hospitales Militares. Ninguna dama, ni hermana, ni enfermera será trasladada de un hospital a otro, ni será introducida en ningún hospital, sin habersele consultado previamente. Sus instrucciones deberán ser aprobadas por el Médico Jefe Principal, quien estará en comunicación con Miss Nightingale en todo lo referente a las enfermeras y dará sus órdenes por intermedio de esa dama ".

La victoria parecía completa, pero el enemigo no cedía tan fácilmente. El Proveedor del Ejército, otro de sus oponentes, debía hacer una última maniobra en vísperas ya de la terminación de la guerra. Miss Nightingale le describió a Sidney Herbert lo sucedido en una carta donde deja traslucir el humor irónico que le era característico. " Llegué aquí (Balaclava) el 24 de Marzo (1856), con las enfermeras para los Hospitales del Cuerpo de Transportes Terrestres, que el Dr. Hall me pidiera por escrito el 10 de Marzo. Hace 10 días que estamos sin raciones. Lord Cardigan se sorprendió al encontrar sus caballos muertos al cabo de dos semanas sin raciones y dijo que las bestias testarudas lo hacían a propósito. El Inspector General y los Proveedores quieren ver si las mujeres privadas de raciones pueden vivir tanto como los caballos. Doy gracias a Dios que aquellas a mi cargo no han sufrido el frío, ni el hambre y han trabajado eficazmente en ambos hospitales, cuidando los 260 casos graves, desde el primer día de su llegada. Yo he sentido ambos. No quiero hacer-

me el mártir, a la vista de las tumbas del ejército de Crimea de este invierno, me sería difícil. Me alegro de haber pasado esta experiencia porque el frío y el hambre aguzan el ingenio... Durante diez días he dado comida y abrigo a estas mujeres, de mi propio peculio y por mis propios esfuerzos". Por fin pudo establecerse que a las enfermeras les correspondía ser provistas sus necesidades tanto en Crimea como en Scutari.

Miss Nightingale permanecía imperturbable frente a los más rudos ataques, su impaciencia no se traslucía, ni siquiera se la oyó alzar la voz alguna vez. Era su táctica. Pasados aún los más difíciles trances tenía la amabilidad más exquisita y no dejaba de reconocer los méritos de sus más acerbos contrincantes. Olvidaba las ofensas para no obstaculizar su obra por sus rencores personales. La disciplina interior a la que se había sometido toda su vida estaba dando sus resultados: "¿Qué era yo frente al trabajo de mi Maestro? Cuando la gente ofende, antes que a mí ofende al Maestro. ¿Y quién soy yo para no soportar lo que a mi Maestro le place soportar?".

Parecería que las actividades relatadas bastarían para llenar todo el tiempo y dar empleo a toda la energía de una persona muy activa. Esto sería desconocer el temperamento de acción: todo lo que al objeto de la acción se refiere le interesa y para ocuparse de todo hay tiempo y energía. Así Florence Nightingale se preocupó desde un principio de la alimentación de los enfermos. Las cocinas fueron mejoradas y los procedimientos culinarios reformados fundamentalmente; para ésto contó con la colaboración de Soyer, uno de los más grandes Chefs de Londres, que fué como voluntario a Scutari en 1855. Pero las cocinas generales sólo pueden satisfacer las necesidades primordiales de un gran hospital, las particulares de algunos en-

fermos requieren un cuidado especial, individual; para ello introdujo un sistema muy eficaz, el de la cocina especial de cada sala para la preparación de las "extras". El desarrollo de la dietética moderna, posterior todo a esa época, no ha hecho sino acrecentar la importancia y la utilidad del método.

Pronto se dió cuenta de la necesidad de aprovechar "la hermosa oportunidad que se ofrecía para hacer adelantar la medicina". Se lamentaba de que las autopsias se hacían sólo en casos excepcionales ¿no le había afirmado uno de los mejores cirujanos que centenares de heridos se le habían muerto, por faltarle la experiencia y los conocimientos que las autopsias le hubieran dado? Era necesario hacer la observación prolija y el registro cuidadoso de los casos, del tratamiento empleado, de los resultados obtenidos etc., de ahí la importancia de una estadística detallada y bien llevada. No se hizo la Escuela médica, con profesores de Anatomía, Fisiología y Patología como ella propuso, pero el gobierno instaló un buen laboratorio anexo al hospital y más tarde se fundó en Inglaterra la Escuela para cirujanos del ejército.

El bienestar y la salud espiritual de sus soldados fué objeto de sus constantes desvelos: estableció salas de lectura, escuelas y diversiones para educarlos y distraerlos del único pasatiempo que conocían: el vicio, la bebida. Encargó el cuidado de las mujeres y de los hijos de los soldados a Mrs. Bracebridge y más tarde obtuvo la colaboración de Lady Alicia Blackwood para instalar una maternidad. Les sirvió de banquero a sus hombres y los incitaba a remitir parte de su sueldo a sus familias en Inglaterra. Así en seis meses £ 71.000 fueron "salvadas de la cantina", a pesar de no ser el soldado británico un animal de naturaleza remitidora, según la expresión escéptica de un viejo

militar. Tanto éxito tuvo esta iniciativa que fué adoptada y organizada oficialmente. Hoy el ejército británico continúa la tradición entonces establecida y que se ha generalizado a todos los países civilizados, la preocupación por la salud moral de la tropa es primordial.

Para todo tenía tiempo, para escribir largas cartas de consuelo a madres cuyos hijos habían fallecido en su hospital, o para darles noticias de su mejoría y hasta para ocuparse de sus tumbas. Su cama detrás del biombo en la cocina, la conoció muy poco.

Su imperio sobre los soldados fué inmenso. “Antes de venir ella” escribía uno “todo era maldecir y blasfemar, después era tan sagrado como en una iglesia”. Los temores de Mrs. Nightingale de que la depravación de los hospitales mancillara su hija no se había realizado. Por el contrario Miss Nightingale afirmó que “debía pagar tributo a la instintiva delicadeza y la solícita atención de ordenanzas y pacientes durante aquellos tiempos terribles; por mi hicieron trabajos que no hubieran hecho por disciplina, ni por su propia salud, pues ignoraban su importancia; y nunca hubo una palabra, ni una mirada que un caballero no hubiera usado; pagando este humilde tributo a esa humilde cortesía me vienen lágrimas a los ojos, cuando pienso como en ese medio de enfermedades repugnantes y de muerte se elevaba por encima de todo la bondad innata y la caballerosidad de los hombres”.

A sus enfermos les mostraba la faz tierna, misericordiosa de su carácter, los consideraba como sus hijos y así los llamaba. Para ellos su humor, tan irónicamente cruel cuando en la intimidad lo aplicaba a sus adversarios, se tornaba alegre y vivificador, dando fuerzas al desalentado y haciéndole soportar las peores torturas. Su leyenda iniciada desde que Inglaterra se enteró que una joven graciosa,

femenina, rica, querida, abandonaba su vida en el gran mundo para ir a un antro de miserias, buscando aliviar el dolor humano, se nutrió de los relatos de los soldados. Su formidable tarea como organizadora y administradora de servicios sanitarios, como innovadora y como destructora de métodos arcaicos, no era conocida ni apreciada. Se la veía recorrer de noche, alumbrándose el camino con su lámpara, las cuatro millas de camas del Hospital de Scutari, inclinándose tierna y bondadosa sobre el lecho de los enfermos, sin repugnancias y sin temores de contagio. “Que consuelo era verla pasar”, escribía un soldado “hablaba con uno, le sonreía a otro, no podía hacerlo con todos, éramos centenares, pero besábamos su sombra cuando caía sobre nosotros y contentos de nuevo dejábamos caer la cabeza sobre la almohada”. Monckton Milnes escribía que “si se le hubiera dicho a los soldados que el techo se había abierto y que visiblemente había sido llevada al cielo, no se les hubiera sorprendido”.

La popularidad inmensa que adquirió le molestaba “no es que sienta indiferencia para la verdadera simpatía” escribía “pero he sentido con pesar el *éclat* que se ha dado a esta aventura. El comienzo pequeño, humilde, la lucha silenciosa y gradual hacia arriba, éste es el clima en que una empresa prospera y crece... La vanidad y la frivolidad que el *éclat* ha traído a este asunto nos ha hecho mucho daño”. Cuando terminó la guerra el gobierno le ofreció un buque de guerra para el regreso; los regimientos de la Guardia querían enviar sus bandas de música a esperarla; Londres todo deseaba hacerle una recepción triunfal. Regresó en silencio, oculta bajo el nombre de Smith y al llegar, su primera visita fué al convento de Bermondsey para pasar las horas con la Reverenda Madre Moore, en el comercio de la amistad, en los recuerdos, en la oración.



Si Florencia Nightingale hubiera muerto, o se hubiera retirado a la vida privada — para ella eso hubiera sido una manera de morir — al final de la guerra de Crimea, su vida tendría el significado de un episodio heroico y nada más; hubiera servido de inspiración a poetas y tal vez a hombres y mujeres de acción; obra permanente no dejaba. Pero no murió, debía sobrevivir más de medio siglo y llegar a los noventa años. Durante todo ese tiempo no dejó de actuar, salvo cuando al final de su vida su vigorosa potencia mental decayó; por el contrario su actividad podría tildarse de frenética. Era sin embargo una actividad ordenada, metódica, orientada con sagacidad para conseguir un fin, nada de agitación frívola había en ella.

A su regreso después de unos días en Lea Hurst, estaba otra vez en pleno trabajo. El prestigio conquistado por su aventura en Oriente lo iba a emplear para realizar una obra de vastos alcances. En septiembre Sir James Clark, el médico de la Corte, la invitó a Birk Hall, situado cerca de la residencia real de Balmoral, para que pudiera entrevistarse con la Reina y el Príncipe Consorte. Tuvo con ellos una larga audiencia y después la Reina la visitó en casa de Sir James y alrededor de la mesa del té continuaron su conversación. Unos días más tarde era

nuevamente ordenada su presencia al Castillo Real para que conociera al Ministro de Guerra, Lord Panmure, y le expusiera sus opiniones y proyectos. Sus amigos, Sidney Herbert y el Coronel Lefroy, le habían instado a que hablara con franqueza e indicara las reformas necesarias. Así lo hizo. Por los soldados muertos nada podía hacerse, no hacían falta venganzas inútiles, pero las lecciones recibidas debían ser aprovechadas para evitar el lamentable estado de cosas y la repetición de la catástrofe.

El Ministro le pidió un informe confidencial sobre su experiencia en Scutari y aceptó su idea de nombrar una Comisión Real para estudiar el problema y proponer remedios. No fué poca la resistencia opuesta por los funcionarios del Ministerio de Guerra y los miembros de la Comisión no fueron nombrados sino ocho meses más tarde.

Toda esa fué una época de trabajo intenso para Miss Nightingale. Preparó el informe solicitado; impreso resultó un volumen de 830 páginas denominado "Notas sobre la salud, la eficacia y la administración hospitalaria del ejército británico". Se agregó luego un apéndice sobre la introducción de enfermeras mujeres en el ejército. Al preparar este informe no se limitó a la experiencia ya adquirida, amplió sus conocimientos en toda forma: inspeccionó hospitales civiles y militares, consultó a técnicos y peritos, estudió sus obras y se relacionó con ellos; nada dejó por hacer para dominar todos los aspectos de su tema. Con claridad meridiana, basándose en argumentos tupidos de hechos comprobados con exactitud y expuestos en un estilo que cautivaba, puso en evidencia todos los aspectos del problema: la terrible miseria de la realidad actual, la posibilidad de una transformación completa. La experiencia de la guerra tenía un valor convincente definitivo: durante los primeros siete meses de la campaña la mortalidad en las tro-

pas era de 60 % por año, después de introducidas las mejoras en la sanidad militar se redujo a $\frac{2}{3}$ de la mortalidad en los regimientos de la guardia en Londres, la flor del ejército y en condiciones de paz. Tan malas eran las condiciones higiénicas de la vida de los soldados que la mortalidad era casi el doble de la que había en los civiles de los mismos distritos mientras que debería ser muy inferior por tratarse de un grupo constituido por hombres jóvenes seleccionados por su robustez y viviendo sometidos a una disciplina que permitía imponer y hacer observar hábitos higiénicos.

Mientras hacía estos estudios, de orden estrictamente técnico empleaba toda su habilidad para mover a las autoridades, para conseguir el nombramiento de la Comisión, para que ésta fuera constituida por personas decididas a llevar a cabo una obra real y para que las instrucciones dadas les permitiera hacer esa obra. Lord Panmure se daba cuenta de la importancia del problema y la apreciaba mucho a ella, pero apreciaba más su comodidad y su inercia natural se acentuaba por la resistencia de los funcionarios. La persuasión era sin duda un recurso precioso pero resultó insuficiente, entonces empleó la amenaza: si dentro de un plazo determinado no estaba nombrada una Comisión que diera garantías de una acción eficaz y pronta, publicaba su informe. El escándalo hubiera sido mayúsculo. Ante la perspectiva de verse el objeto de la ira del León británico, el Bisonte — era el apodo del Ministro — decidió moverse. En tres meses de trabajo la Comisión presidida por Sidney Herbert llegó a resultados concordantes con el informe de Miss Nightingale. Se le hizo ver al ministro la inconveniencia de hacerlos conocer sin adoptar medidas, y se resolvió retrasar su publicación para anunciar simultáneamente la iniciación de las reformas propuestas.

Nuevamente en forma sutil pero eficaz se recurría a la amenaza. Se nombraron cuatro subcomisiones con poderes ejecutivos para introducir mejoras en los cuarteles y hospitales militares, para organizar la estadística, para crear una escuela médica del ejército y para reorganizar la sanidad militar. Sidney Herbert las presidía a todas, pero en 1859, antes de que hubieran terminado sus tareas, de nuevo fué designado Ministro de Guerra y las reformas fueron llevadas a cabo rápidamente y en su totalidad.

Desde el otoño de 1857 Florencia Nightingale padecía de un agotamiento físico tan acentuado que debía permanecer siempre acostada. Continuó en ese estado, con alternativas de mejoría y de agravación en que se llegó a temer por su vida, durante muchos años; sin embargo impulsada por la energía indomable de su espíritu nunca interrumpió su labor, ni disminuyó la intensidad de su trabajo. Sus allegados se estrellaban contra su voluntad y terminaron por convencerse que privarla de su actividad sería quitarle el único lazo que la unía a la vida, pues su obra era su razón de ser. Administraba las fuerzas de su cuerpo como si se tratara de una institución pública, con el mismo método y con la misma habilidad. Todo estaba supeditado a su labor. Se aisló de todo, no veía a nadie, ni a los suyos, sino a las horas preestablecidas; vivía como un ministro concediendo audiencias individuales y en este régimen estaba incluido su propio padre por quien tenía gran afecto. Esta actitud no dejaba de tener sus ventajas, la liberó de una vez por todas de esos compromisos sociales y esas ocasiones de vano boato que tanto tiempo roban a un hombre de trabajo. Le permitía también ver o dejar de ver a quien quisiera y a su comodidad. Por exaltada que fuera la posición de un personaje, en sus relaciones con Miss Nightingale estaba supeditado a la voluntad de ésta, su estado se me-

poraba o agravaba con extraordinaria oportunidad. Así Reinas o Princesas, que estaban realmente interesadas en mejorar las condiciones de sus súbditos y dispuestas a conversar de mujer a mujer, la encontraban llena de energía y lista para colaborar en forma eficacísima; si en cambio venían con protocolo o por mera curiosidad, estaba gravísima.

En la ejecución de las reformas en la sanidad militar desempeñó las funciones de un ministro sin cartera. Los miembros de las comisiones la consultaban diariamente; con frecuencia entrevistaba previamente los testigos que debían ser interrogados; indicaba las medidas que se debían tomar; sugería, más aún imponía, valiéndose de múltiples recursos, el nombramiento de las personas que consideraba adecuadas para los cargos importantes. Así impidió que Sir John Hall le sucediera al Dr. Andrew Smith en el cargo de director general de la Sanidad Militar e hizo nombrar al Dr. Alexander, miembro de la Comisión Real y decidido partidario de las reformas; los nombramientos de los profesores de la Escuela médica del ejército fueron sometidos a su consideración; podrían mencionarse numerosos hechos semejantes pues no hubo asunto relacionado con la Sanidad militar en que ella no interviniera en forma decisiva. Y continuamente estimulaba a todos a un ritmo de trabajo más acelerado, no se podía perder tiempo mientras se morían soldados por causas evitables. Su casa llegó a conocerse como el pequeño ministerio.

Conseguido el primer objetivo se propuso consolidar lo conquistado con una reforma de mayor alcance: la reorganización del ministerio de guerra. Aquí el destino levantaría una valla de otra magnitud. Sidney Herbert se enfermó; ella no se daba cuenta de la gravedad de su estado, no quería verlo. ¿No había estado ella en trance de morir

durante años? ¿Acaso el estar reducida al lecho por la debilidad le había impedido trabajar? Un día él le comunicó la opinión de su médico: el mal era incurable y le quedaba poco tiempo de vida. La impresión fué profunda, pero su pensamiento no se podía apartar de la obra para considerar exclusivamente al amigo. Mr. Herbert creía innecesario el retiro a la vida privada, pues aún tenía fuerzas y su espíritu dinámico necesitaba emplearlas; deseaba renunciar al Ministerio y quedarse en la Cámara de los Comunes, donde había sido una figura brillante durante cerca de treinta años. Miss Nightingale insistió en que conservara su cargo de ministro, aliviando sus tareas parlamentarias con la aceptación de un título que lo llevaría a la Cámara de los Pares y así se podría continuar la tarea reformadora.

La enfermedad lo iba venciendo a Lord Herbert y ya no encontraba fuerzas para sobreponerse a la oposición encabezada por Sir Benjamin Hawes, el subsecretario permanente. En junio de 1861 le escribía a Miss Nightingale una carta donde le hacía ver su impotencia: “Creo que no le hago justicia al cargo, ni a mí mismo. Cuando he pasado la mañana recostado en un sofá, bebiendo tragos de cognac hasta tener fuerzas para arrastrarme hasta el Ministerio, no tengo muchas energías cuando he llegado. Todavía hay dos o tres cosas que desearía arreglar y terminar, pero no estoy seguro de que la reorganización es una de ellas”. La contestación, llena de amargura, fué despiadada: “Lo que me causa pena en esta derrota no es tanto la pérdida que esto significa para el ejército, cuanto el triunfo de la burocracia sobre la aristocracia política... Un Sidney Herbert vencido por un Ben Hawes es en verdad una mayor humillación que el desastre de Scutari”. A principio de julio Lord Herbert se despedía de ella, iba a hacer una cura, aunque decía sentirse mejor; en rea-

lidad tenía ya firmada su renuncia. El 2 de agosto falleció. Entre sus últimas palabras se le oyó decir: "Pobre Florencia, nuestra obra en común queda inconclusa".

Miss Nightingale sufrió una de esas profundas depresiones de espíritu a las que era tan propensa y que antes de iniciar su vida de trabajo tanto le habían hecho sufrir. Pero su dolor no le impidió responder a los llamados de lo que consideraba su deber, por el contrario ahí encontró su consuelo. Lord de Grey, el subsecretario, era partidario de las reformas y al decir de Lord Herbert las comprendía mejor que él mismo. Algo se podía hacer y se hizo, sobre todo cuando falleció Ben Hawes y consiguió hacerlo nombrar al Capitán Galton, segundo subsecretario, introduciendo en una posición de importancia a un aliado seguro. El sucesor de Lord Herbert, Sir George Lewis, no ocupó el cargo por mucho tiempo, pues falleció en forma repentina en 1862. Miss Nightingale quería que Lord de Grey fuera el nuevo ministro, Gladstone consideraba más conveniente que fuera algún miembro de la Cámara de los Comunes. Miss Nightingale hizo una activísima campaña en los diarios para preparar el ambiente; le escribió una carta a Lord Palmerston que éste mostró a la Reina y al final Lord de Grey fué designado. Durante muchos años conservó una influencia preponderante en el Ministerio de Guerra y no fueron pocas, ni poco importantes, las reformas originadas e impuestas desde su cuarto de inválida.

El público no conocía sus actividades de ministro oculto, popularmente era la enfermera heroica. Cuando a fines de 1855 se supo en Inglaterra que ella se había repuesto de la fiebre que en Crimea amenazó su vida, la alegría sentida por el país entero se manifestó en una forma práctica. El Duque de Cambridge presidió un gran meeting reunido "para dar expresión al sentimiento general de que los ser-

vicios de Miss Nightingale en los hospitales de Oriente obligan al reconocimiento y a la gratitud del pueblo británico”. El resultado fué el Fondo Nightingale, destinado a darle los medios para organizar y sostener una escuela de enfermeras. Durante varios años estuvo tan ocupada en las reformas de la Sanidad militar que no podía efectuar ella misma la obra proyectada, y varias veces pidió al Consejo de administración que empleara el dinero en la forma que creyera más conveniente. Esto no se hizo porque se consideró que la intención de los contribuyentes había sido la de darle a ella personalmente los medios para realizarla. Recién en 1859 tuvo tiempo para iniciar el estudio de la nueva institución, que se decidió instalar en el Hospital Santo Tomás.

Para darle la orientación a la nueva escuela escribió un libro: “Notas sobre el cuidado de los enfermos”. Es un clásico en la materia e hizo época. En un mes se vendieron 15.000 ejemplares; ediciones posteriores tuvieron una circulación enorme. Su objeto no es enseñar la técnica del oficio, “eso sólo se puede aprender bien en las salas del hospital”, dice Miss Nightingale; ni tampoco se refiere a la organización de las enfermeras, asunto considerado en todos sus aspectos en el informe ya mencionado. Su objeto era “dar motivos de meditación a mujeres que tienen a su cuidado la salud de otros”. Podríamos decir que es un tratado del espíritu que debe animar a las enfermeras, ilustrado con múltiples ejemplos de la manera de serle útil al paciente. El cuidado de éstos no consiste simplemente en “darle remedios y aplicarle cataplasmas” y la enfermera debe ser “algo más que una escoba o un montacargas”. Insiste muy especialmente en dos aspectos de sus funciones: el higiénico, es decir “el uso adecuado del aire puro, de la luz, del calor, de la limpieza, del reposo, de la

selección y administración correcta de los alimentos, todo con el menor gasto posible de la energía del paciente"; y el psicológico, es decir, la importancia de comprender el estado de ánimo del enfermo, de rodearlo de un ambiente de alegría y de esperanza para mantener en él el deseo de mejorarse y de vivir.

Las primeras quince alumnas ingresaron en 1861, trece terminaron el curso que entonces duraba sólo un año. La directora, Mrs. Wardroper, era jefe de enfermeras del Hospital desde 1854 y ocupó el cargo hasta 1887. No había recibido ninguna instrucción técnica, lo que sabía lo aprendió observando empíricamente; pero era una mujer de un carácter poco común, sin pretensiones, enérgica y dedicada a su misión, "todo su corazón e inteligencia, toda su fuerza y su vida estaban entregados a su trabajo". De esa escuela salieron enfermeras para muchos hospitales de Inglaterra y de las colonias y lo que es de mayor valor aun, las organizadoras de otras escuelas y de los servicios de enfermeras de otros hospitales no sólo de Inglaterra, sino también del extranjero.

Se han destacado muchas alumnas de la Escuela Nightingale pero tal vez Miss Agnes Jones ocupa un lugar especial por la noble dulzura de su heroísmo. Sobrina de Lord Lawrence, el Virrey de la India, su vocación se despertó temprano y fué a Kaiserwerth para aprender el oficio. A su regreso se presentó a Miss Nightingale y le ofreció sus servicios. Siguió el curso del Hospital Santo Tomás, trabajó un corto tiempo en otro hospital, y por fin se le brindó la oportunidad de demostrar sus magníficas cualidades. En 1864 Mr. Rathbone convenció a las autoridades del más grande de los hospitales de Liverpool de la conveniencia de introducir el nuevo sistema de enfermeras; como él ofreció costear los gastos decidieron ensayar la inno-

vación. Miss Agnes Jones fué designada Superintendente y con 12 enfermeras emprendió la formidable tarea. Los 1200 enfermos estaban en condiciones idénticas a las encontradas por Florencia Nightingale en Scutari; había el mismo hacinamiento, muchas veces dos enfermos compartían una cama; la misma falta de higiene era la regla, la ropa se usaba durante meses sin lavarla. Pero había circunstancias agravantes, los pacientes no eran soldados acostumbrados a la disciplina, provenían de los bajos fondos de uno de los puertos más sucios del mundo, tanto en lo material como en lo moral. No se debe tampoco olvidar la época, la revolución industrial seguía produciendo miseria, aun no atenuada por la legislación y los servicios sociales. Las enfermeras existentes eran del tipo más bajo, casi todas mujeres que no habían podido conseguir otra ocupación; en pocos meses treinta y cinco fueron despedidas por ebriedad. Era en verdad un antro de leones, como decía Miss Nightingale, adonde se enviaba a esta niña a imponer el orden. En tres años lo hizo, las autoridades adoptaron definitivamente el sistema, pues además de sus grandes ventajas era más económico. Pero no vivió para ver la consolidación de su triunfo, contrajo el tifus, endémico en los hospitales de entonces y falleció en plena juventud.

* El éxito logrado por Miss Jones tuvo un gran valor demostrativo. Miss Nightingale trabajó intensamente para conseguir la legislación necesaria a fin de que los enfermos, los dementes, los inválidos sin recursos y los niños abandonados fueran asilados en instituciones diferentes, apropiadas cada una a las necesidades diferentes, en vez de estar hacinados todos juntos en los hospitales, como hasta entonces se hacía. A los hospitales era necesario organizarlos como instituciones específicamente médicas y el cuidado de los pacientes hacerse en forma adecuada por personal adies-

trado. A ella se deben el primer impulso y los primeros pasos en este sentido; el General Booth, el fundador del Ejército de Salvación, uno de los grandes reformadores sociales prácticos, reconoce en su obra uno de los mejores frutos obtenidos en la segunda mitad del siglo pasado en este campo de acción. Fué su deseo también organizar las enfermeras de distrito, llamadas a veces hoy visitadoras sociales; pero eso vino más tarde y otros realizaron la obra, su papel en ella fué el de consejera sabia y experimentada y no el de ejecutora.

Al ocuparse en la reorganización de la Sanidad militar se interesó en forma especial en las tropas enviadas a la India y eso a su vez la llevó a estudiar las condiciones de vida de ese país. Su principio fundamental era de que Inglaterra no estaba en la India para explotarla exclusivamente en su provecho, sino para darle los beneficios de la civilización.

Al fin de 1859 una Comisión Real empezó a ocuparse del estado sanitario de la India; Lord Stanley la presidía desde que Sidney Herbert era ministro de guerra, y como éste, confiaba grandemente en Miss Nightingale. En los años 1862 y 63 después de la muerte de Sidney Herbert, estos trabajos fueron su ocupación principal y continuaron siendo uno de sus intereses preponderantes durante muchos años. En 1863 Sir John Lawrence fué designado Virrey de la India, su influencia no fué un factor despreciable en ese nombramiento. Antes de partir el nuevo Virrey tuvo una entrevista con ella y luego mantuvieron una continua correspondencia. Primero se consiguió mejorar el estado de la salud de los soldados, que llevados al trópico sufrían enormemente; después inició la implantación de los servicios de higiene para el pueblo indio y gradualmente, a costa de grandes esfuerzos fué creciendo la obra. Su casa ahora se convirtió

en una parte del gobierno de la India, los virreyes la veían antes de partir, así como todos los funcionarios de cierta importancia, y estaban en constante comunicación con ella; los miembros del Consejo de la India recurrían continuamente a ella en busca de informes, de iniciativas y de soluciones para los problemas planteados.

“ Su reputación era tan grande entre los hombres de estado que no había asunto referente a la administración sanitaria y los servicios sociales que no le fuera consultado y no sólo de Inglaterra sino también de otros países. Los distintos beligerantes en las guerras del 66 y del 70 le pidieron consejos y planes para la organización de los servicios médicos de sus ejércitos. La princesa Victoria, esposa del que después fué el Emperador Federico, fué una asidua discípula. El año 72 estableció en Berlín una escuela de enfermeras semejante a la Escuela Nightingale; lo que ésta fué para Inglaterra la escuela Princesa Victoria fué para Alemania, modelo y origen de numerosas instituciones similares. Al fundar la Cruz Roja el Dr. Dunant admitió haber sido inspirado por la obra de Miss Nightingale en Crimea; ella tomó un gran interés en la nueva Sociedad y los delegados ingleses a la Convención Internacional Constituyente de 1864, recibieron instrucciones oficiales que fueron redactadas por ella.

En esta segunda mitad de su vida su personalidad se desarrolló en la forma impuesta por su voluntad. Era la dueña de sí misma y de su destino. Desde el encierro de su casa contemplaba el mundo con mirada penetrante, pero veía sólo lo que le interesaba ver, la miseria y el dolor humano, lo demás lo apartaba de su vista y de su vida. No necesitaba ver con los ojos del cuerpo para comprender hasta en lo hondo una situación; y no por eso era menor, sino mayor su dominio del problema. Conocía esa escuela

del Hospital Santo Tomás hasta en su último detalle, sin embargo la visitó una sola vez varios años después de su fundación. No son los sentidos, es la inteligencia lo que da la comprensión; de nada valen las "inspecciones oculares", el "estudio del problema sobre el terreno" si no hay la capacidad del intelecto. Si ésta existe se asimilan los hechos con más eficacia y con mayor economía de tiempo en la mesa de trabajo que en aparatosas y vanas giras. El lugar de los ministros es su despacho, sus colaboradores (debe ser su habilidad máxima el saber elegirlos) le servirán de ojos y de oídos para ver y oír lo que ellos no podrán ver nunca porque les será ocultado.

Esa limitación del campo de su mirada y el método riguroso impuesto a su vida, de no ver si no a quien le interesaba ver por su trabajo y a solas, no dejó de tener consecuencias. No se llega a una especialización tan completa sin deformar y mutilar el espíritu, no pueden sacrificarse cosas esenciales, sin pagar las consecuencias. En una carta a Mme. Mohl, escrita el año 61, se queja de que las mujeres son incapaces de sentir simpatía; esa carta parece absurda y sus quejas de un egoísmo mezquino, sino se entiende que para ella la única simpatía válida era la sentida por el bien público. La devoción a una obra le parecía tanto más grandiosa cuanto más completa era, la devoción a una persona sólo era justificada en función de una obra, como colaboración en esa obra. En este caso se podía, más, se debía exigir todo. Así se explican por ejemplo sus relaciones con algunas personas, como el poeta Arthur Clough, casado con una de sus sobrinas. Este hombre de un talento nada común, le efectuaba las humildes tareas de un secretario privado, al decir de Miss Nightingale parecía un caballo de carrera atado a un carro. Ante sus ojos se justificaban situaciones y exigencias que parecerían de una

desconsideración y de un egoísmo brutal, porque no exigía servicio y devoción personal para ella sino para una obra de beneficio público. No hay egoísmo más feroz, ni desconsideración más despiadada que la de una madre defendiendo a su hijo, no tiene miramientos para sí, ni para los demás. Su obra fué no sólo el hijo si no también el amado de Florencia Nightingale.)

— Causaba una impresión extraordinaria e indeleble. La obra realizada por ella hacía creer en una mujer aspera y dura; las advertencias más explícitas a quien la iba a conocer por vez primera no conseguirían que no se esperara ver a un sargento con polleras. Aparecía en cambio una mujer de aspecto muy femenino en su debilidad, de modales suaves, de voz dulce y reposada. Se la escuchaba razonar y ya no era una distinguida dama quien hablaba sino la mentalidad masculina y potente de un estadista perspicaz e instruido como pocos. Así se explica que aún cuando no ocupaba ninguna situación oficial era indispensable escucharla. No era posible hacer a un lado, por molesta que fuese, esta personalidad imperiosa, que a fin de cuentas pedía lo que era imposible negar: el bien público. Lo pedía con todo desinterés y lo exigía demostrando en forma concluyente y definitiva, con argumentos sólidos y prácticos, que estaba en la verdad, que no corría detrás de una ilusión utópica.

Subyugaba a quienes entraban en contacto con ella y se hacía querer casi hasta la idolatría; pero no era el amor pasional, el amor de mujer el que inspiraba. Sus relaciones afectivas con Sidney Herbert, Arthur Clough, el Dr. Sutherland, el Coronel Tulloch, Sir John Mac Neill, Sir Henry Storks, el Dr. Alexander, el Dr. Farr, el Capitán Galton, Lord de Grey, Lord Napier de Ettrick y otros eran las del maestro venerado con el discípulo digno. Para ellos fué

lo que fué Pasteur para los pastorianos: inspiración, guía y estímulo constante. Su afecto por ellos fué grande, pero si caían de la gracia por ser remisos en el trabajo o por indiferencia, cualquiera fueran las circunstancias, era implacable y mordaz en su censura. Y tenía para esto a su servicio una pluma y un humor de una ironía penetrante que usaba sin miedo y muchas veces con pasión. “Podrá Vd. creer”, escribía “que no soy sabia al enojarme tanto. Pero le aseguro que cuando escribo cortesmente, recibo una respuesta cortés y nada se hace. Cuando escribo furiosamente, recibo una carta descortés y algo se hace, no siempre, pero únicamente entonces”. Sus colaboradores mujeres la adoraban y ella seguía sus pasos con afecto de apariencia maternal. Sus cartas a ellas sobre todo en una edad más avanzada, están llenas de esa ternura que dispensaba a sus enfermos en Scutari. Pero si abandonaban la obra, si otro amor las desviaba de su camino, su decepción era amarga, y para ella morían.

No siempre tuvo éxito en sus campañas de conquista de almas para someterlas al servicio de su causa y no solamente fueron reacios aquellos contra cuyos intereses iban sus reformas y aquellos otros que carecían de cualidades para inflamarse por un ideal. Gladstone, el gran amigo de Sidney Herbert, nunca se dejó tentar por sus cantos de sirena, a pesar de que más de una vez se los hizo oír; el gran tribuno tenía otros amores y otras pasiones que lo protegían. Lord Lawrence, aun cuando trabajó con ella, nunca fué sometido, a él le aceptaba un no, cuando ni a Sidney Herbert se lo había tolerado. En este hombre de acción reconocía su semblanza pero en un grado superior, por eso fué al hombre a quien tal vez más admiró. Jowett, el maestro de Balliol, tampoco fué de sus esclavos, a pesar de que éste confiesa que ella ha ocupado un gran lugar

en su vida. El universitario de Oxford era hombre de pensamiento, no podía caer en los enredos de la acción.

Su mentalidad tenía no poco de masculino; su interés por la cosa pública, su incapacidad de ver las situaciones desde el punto de vista personal no son nada femeninos; sus relaciones afectivas con hombres de los más variados temperamentos tienen el sello de la amistad entre hombres. Pero tampoco carecía de feminidad su espíritu; la pasión que ponía en sus actos es pasión de mujer y no de hombre; su manera de carecer de escrúpulos es completamente femenina, como lo es también su ternura. Ella se sentía mujer aunque reconocía los rasgos varoniles de su carácter. Aspiraba a abrirle nuevos caminos a las mujeres, pero en actividades propias, no a usurparle las tareas a los hombres; el papel de las mujeres en la medicina era de ser mujeres médicas y no hombres médicos; el feminismo nunca contó con sus simpatías.

Ha dejado un sello imborrable en la historia, su leyenda inspira y reconforta a quienes luchan, su obra ha sido un formidable paso adelante en el alivio del sufrimiento y de la miseria humana.

EPILOGO

El espíritu de Florencia Nightingale, retraído y enemigo de todo exhibicionismo ese espíritu que escondía bajo un velo de reserva la intimidad de su alma; que era cordial, apasionado y franco pero no admitía la familiaridad, no perdonaría que se desnudara su psíquis, indagando su vida, su pensamiento, su afectividad, por vano entretenimiento o por simple curiosidad. Estudiándola, viéndola sufrir y luchar, quien es capaz de respeto aprende a respetarla y a respetar sus deseos. A su espíritu utilitario, unido al anhelo femenino de darse sin medida, que era tan saliente característica suya, le placería seguir rindiendo servicios más allá de la tumba. No concebía el cielo como la beatitud dada por la contemplación de la Verdad y del Bien Infinito, sino como un estado de inmensa e infinita actividad. Se puede así, sin escrúpulo usar su leyenda y su historia para un fin, que era su fin.

En nuestro país estamos muy poco alejados de las condiciones de Scutari. Nuestra administración pública padece los defectos por cuya extirpación tanto luchó Florencia Nightingale. Hay aquí la misma falta de delimitación de funciones, la misma dilución de la responsabilidad, la misma complejidad burocrática estúpida, que antepone el cumplimiento de la fórmula al de satisfacer la necesidad

para la cual fué creada la función. Nuestro sistema hospitalario no ha sido sometido a una prueba de emergencia como fué Scutari, si lo fuera, el desastre no sería tal vez tan grande porque la medicina y la cirugía han progresado mucho. Pero en lo referente a aquellos cuidados directos de los enfermos, que le debe dispensar la enfermera, talvez más importante para su bienestar que los mismos cuidados médicos, por lo menos en no pocas enfermedades, en las que el médico sólo puede aportar alivio pero no curación, estamos en la época de Scutari. Hay en nuestras salas la misma ignorancia y la misma incapacidad. Sólo por excepción se encuentra una enfermera a quien un médico ha guiado en el aprendizaje del oficio.

Las religiosas que profesan en nuestros hospitales deben estar movidas por la vocación de servir a Dios, pero usando un simulacro de un gran maestro cristiano, se han dormido en el seno de su amor y carecen hasta de la inquietud de mejorar su servicio. No son enfermeras y eso es lo que deberían ser. En el Siglo XVII S. Vicente de Paúl establecía que “ las hermanas de caridad tendrán por monasterio las casas de los enfermos, por capilla la iglesia parroquial, por celda una pieza alquilada, por claustro la obediencia, por reja el temor de Dios, por velo la santa modestia ”. “ Hijas mías, no sois monjas; y si alguien apareciera entre vosotras a deciros: “ Deberíamos ser monjas, eso sería más noble ”, la comunidad estaría lista para la extremaunción ”. El grande y santo fundador señaló una manera de servir a Dios, que han adoptado y deben cumplir en la letra y en el espíritu quienes entran a los hospitales con ese propósito. La devoción de la religiosa de hospital es el cuidado del enfermo, debe pues esforzarse en hacerlo bien. No podrá llevarle el bálsamo de su fe al alma si primero no cura su cuerpo, pues se habrá privado de la única llave que le

abrirá su corazón, la puerta por donde podrá entrar. Cada época tiene su manera de expresarse, la nuestra utiliza el modo de la técnica, la caridad misma, si desprecia la técnica, no tiene como dar expresión a su amor.

Hay asociaciones de llamadas enfermeras que utilizan el noble uniforme de Scutari. En las Escuelas de Estados Unidos, modeladas según el tipo Nightingale, el uniforme se conquista gradualmente. Después de tres meses de prueba, cuando se ha demostrado tener condiciones para cuidar enfermos, en una sencilla ceremonia se les impone a las novicias la gorra característica, emblema de la escuela. Sólo después de tres años de trabajo se les permite usar el uniforme blanco. En Inglaterra un cinturón es el símbolo de la pericia adquirida por el estudio y por la práctica de años. La capa fué adoptada para resguardar del frío invernal y para velar las formas. Una noche en Scutari dos soldados encontraron a una enfermera, uno reconoció el uniforme y le dijo al compañero: "Déjala, no veis que es una de las mujeres de Miss Nightingale". En medio de su depravación esos pobres hombres sabían respetar el uniforme, porque comprendían la nobleza de lo que representaba. ¿La comprenden quienes visten ese uniforme por vanidad, porque viste? Quienes llevan hacia la vanidad su alma, dice el salmista, no ascenderán al monte del Señor, ni entrarán en sus tabernáculos.

Para merecer el uniforme de Scutari se debe pertenecer a la hermandad de mujeres que ahí nació. Se debe ser alumna o egresada de una escuela Nightingale. En la actualidad los cursos en estas escuelas duran tres años, durante los cuales se exige una dedicación absoluta, pues hay de 8 a 10 horas de trabajo diario en las salas, además de las clases y estudios teóricos. El arte de cuidar los enfermos sólo se puede aprender practicándolo y la destreza se ad-

quiere con la práctica prolongada. El paciente tiene necesidades distintas a distintas horas, no es lo mismo cuidarlo cuando se despierta a la mañana, que al caer la tarde cuando suelen adquirir mayor gravedad los síntomas de las enfermedades agudas, o en la madrugada cuando sus fuerzas están en un mínimo. Las 24 horas del día y de la noche tienen cada una su lección que debe ser aprendida. La parte teórica de los programas es secundaria, pero también importante si la enfermera en verdad le quiere dar al paciente todo lo que puede dar; le hace comprender el significado de lo que hace y le abre los ojos a muchas necesidades de su enfermo.

El aprendizaje de la profesión de enfermera es una educación magnífica para toda mujer. La ilustra sobre lo que es la vida mostrándole al desnudo el dolor, la miseria y la muerte. Desarrolla sus condiciones maternas porque las ejercita y les da una manera diestra para que puedan expresarse.

Como en aquella célebre carta publicada en el "Times" de Londres el 14 de octubre de 1854 se podría preguntar: ¿Porque no tenemos enfermeras Nightingale? Hay en nuestro país mujeres fuertes de cuerpo y de corazón tierno que se dedicarían con alegría y prontitud al cuidado de los enfermos si se les diera la oportunidad y se las guiara por el buen camino. No hace falta una Florencia Nightingale, mujer extraordinaria de condiciones excepcionales, pero ¿no tenemos una Agnes Jones?

APENDICE



Retrato.

APPENDIX

1888

RETRATO (1)

POR

LADY LOVELACE

TRADUCIDO POR

MARIA INES F. H. DE FERNANDEZ

Después de haberla visto, me he detenido a pensar!
Eleva nuestra alma a Dios en alabanza y rezo
cuando uno la contempla con pensamiento puro.
Ella se mueve como en los límites del cielo,
Intacta, por los tortuosos caminos de este mundo,

He escuchado su voz, suave voz de plata,
elevantse entonando armoniosas canciones
de intento elegidas para alegrar el alma.
Pero la celestial etérea melodía,
tuvo suspenso en éxtasis mi espíritu
dudando entre una risa y una lágrima.

(1) Esta poesía fué recitada en el Consejo de Mujeres de Rosario, el 9 de Octubre de 1936, por la Srta. Perla Sánchez Granel.

Yo la juzgo hermosa, muy hermosa!
Pero hay no obstante quien pasa a su lado
sin advertir su gracia encantadora.
Su rostro no levanta un ardiente suspiro,
ni atrae los ojos, para dejarlos fijos
la delicada y leve esbeltez de su forma.

Hay en sus ojos lucientes, una gravedad severa,
que une la hondura sin límites del sentimiento
a la limpia transparencia de la verdad.
Ellos, dejan saber que su corazón es recto
pero ocultan el proceso de su espíritu
a la mirada curiosa de los demás.

Si en años futuros, en climas lejanos,
la guerra asoladora sus víctimas reclama,
si una epidemia a tiempo no detenida
más que el cañón mutila, hierde más que la espada,
quien lea entonces estas sinceras rimas
verá que ella conquista impercedera fama.



ESTE LIBRO DEBE SER DEVUELTO
EN LA ULTIMA FECHA INDICADA

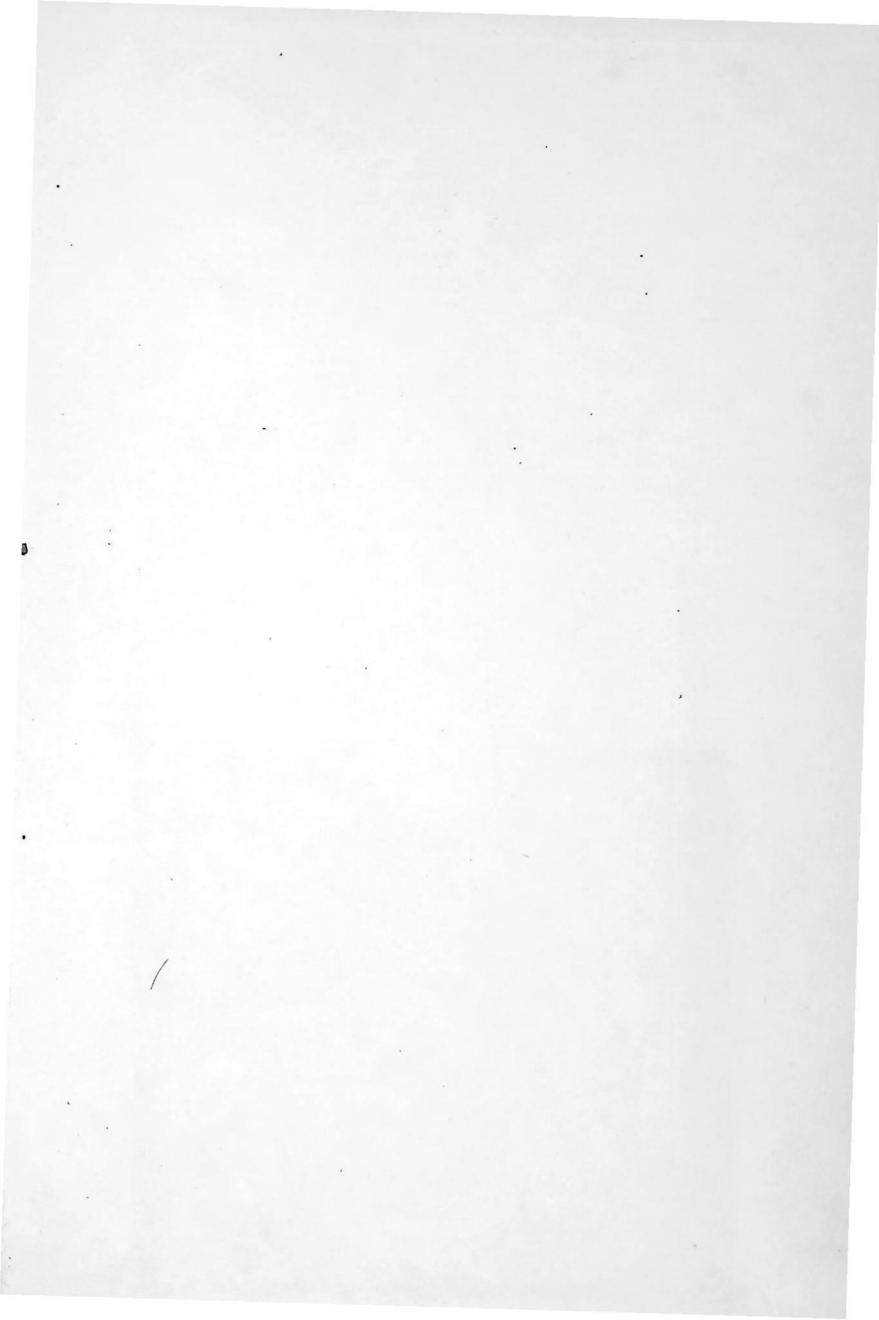
3-6-85	25/4/05	
10-6-85	23/3/06	
14/6/85	9/5/06	
19/6/85	4/4/08	
24/6/85	9/5/08	
26/6/85	24/06/08	
1/7/85	14/4/08	
4/7/85	11/5/09	
8-7-85	25/5/09	
7/5/06	28/5/09	
10/5/06	23/05/10	
10/4/08	12/4/11	
13/4/11	18/4/11	
15-4-87	25/4/11	
24/4/03	2/5/11	
5/5/04	12/8/11	
14/4/05	17/5/11	
	27/3/13	

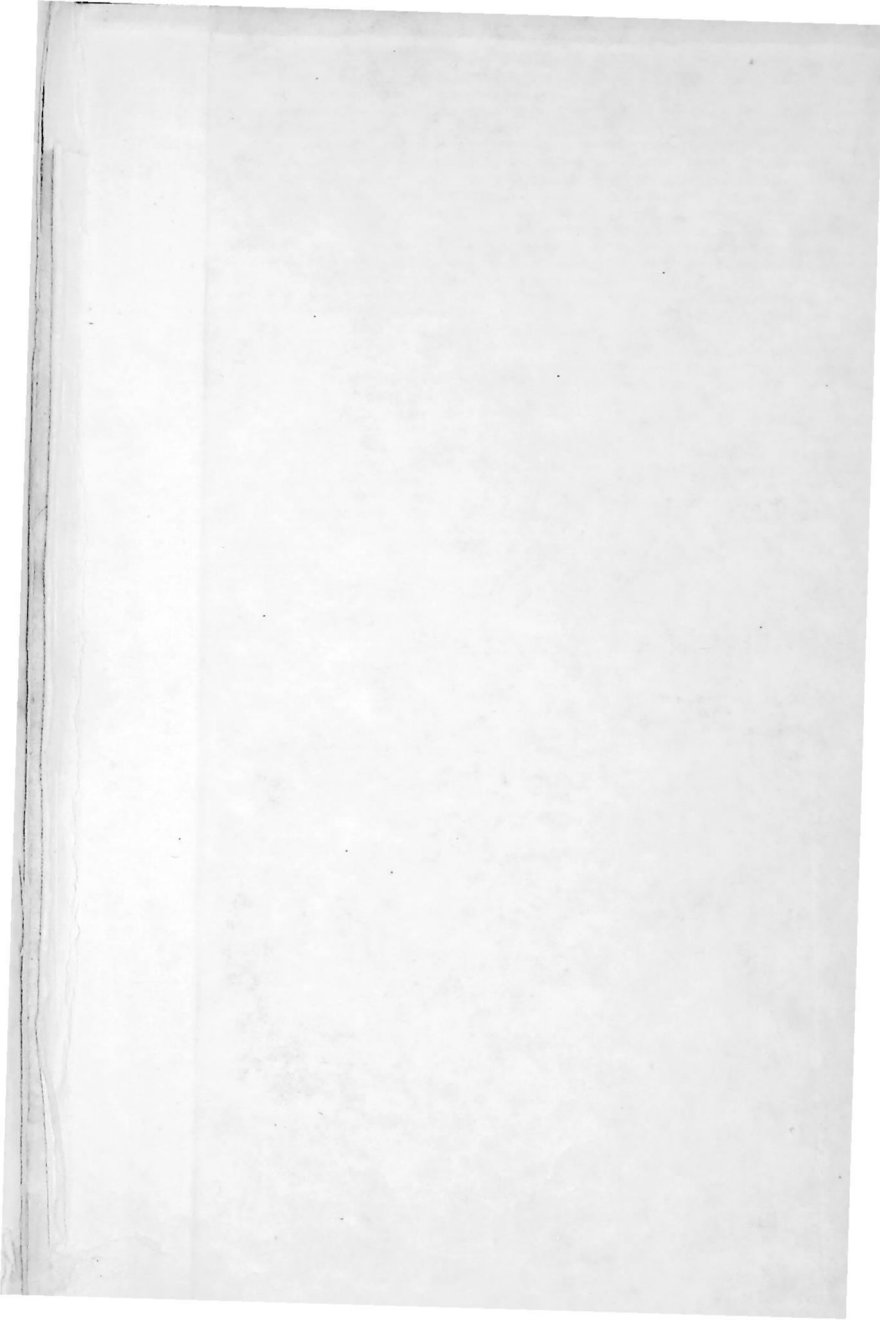
R. ~~11637~~ n. 11637 ✓

WY11
L674f
1936

c.1

MFN 1225





Universidad de Valparaíso
Chile



00068666

